



del Fondo de Cultura Económica

William Carlos Williams Todo lo que el universo ofrece

Carl Amery •
La fórmula hitleriana

William L. Siemens •
Álvaro Mutis,
los años en México

Hugo Hiriart •
Albita y Charli

Adolfo Castañón •
La belleza
es lo esencial



• Emmanuel Levinas
Reflexiones sobre
la filosofía
del hitlerismo

• Juan Gustavo
Cobo Borda
El elusivo fantasma
de la identidad

• Poemas de
Saúl Yurkievich y
Jeannette Clariond

• Gonzalo Rojas •
La desabrida

• Rafael Cadenas •
Contra la barbarie... Entrevista





del Fondo de Cultura Económica

DIRECTORA
Consuelo Sáizar Guerrero

EDITOR
David Medina Portillo

**CONSEJO
DE REDACCIÓN**
Adolfo Castañón,
Joaquín Díez-Canedo Flores,
Mario Enrique Figueroa,
Daniel Goldin,
Lorena E. Hernández,
Francisco Hinojosa,
Ricardo Nudelman
ARGENTINA: Alejandro Katz
BRASIL: Isaac Vinic
CHILE: Julián Sau Aguayo
COLOMBIA: Juan Camilo Sierra
ESPAÑA: Juan Guillermo López
ESTADOS UNIDOS: Benjamín Mireles
GUATEMALA: Sagrario Castellanos
VENEZUELA: Pedro Tucát

REDACCIÓN
Marco Antonio Pulido

PRODUCCIÓN
Vincula, S. A. de C. V.
IMPRESIÓN
Impresora y Encuadernadora
Progreso, S. A. de C. V.



La Gaceta del Fondo de Cultura Económica es una publicación mensual editada por el Fondo de Cultura Económica, con domicilio en Carretera Picacho-Ajusco 227, Colonia Bosques del Pedregal, Delegación Tlalpan, Distrito Federal, México. Editor responsable: David Medina Portillo. Certificado de Licitud de Título número 8635 y de Licitud de Contenido número 6080, expedidos por la Comisión Calificadora de Publicaciones y Revistas Ilustradas el 15 de junio de 1995. *La Gaceta del Fondo de Cultura Económica* es un nombre registrado en el Instituto Nacional del Derecho de Autor, con el número 04-2001-112210102100, de fecha 22 de noviembre de 2001. Registro Postal, Publicación Periódica: PP09-0206. Distribuida por el propio Fondo de Cultura Económica.

Correo electrónico: lagacetafce@fce.com.mx

SUMARIO MAYO, 2003

- WILLIAM CARLOS WILLIAMS:** Todo lo que el universo ofrece • 3
SAÚL YURKIEVICH: Ladra lo crudo • 6
RAFAEL CADENAS: Contra la barbarie... • 7
GONZALO ROJAS: La desabrida • 10
WILLIAM L. SIEMENS: Álvaro Mutis,
los años en México • 12
JUAN GUSTAVO COBO BORDA: El elusivo fantasma
de la identidad • 16
ADOLFO CASTAÑÓN: La belleza es lo esencial • 19
CARL AMERY: La fórmula hitleriana • 21
EMMANUEL LEVINAS: Reflexiones sobre
la filosofía del hitlerismo • 24
JEANNETTE CLARIOND: Mina 1004 • 25
HUGO HIRIART: Albita y Charli • 28



« « ILUSTRACIONES TOMADAS DEL LIBRO DE ABBAS
RETORNOS A OAPAN, FCE, RÍO DE LUZ, 1986 » »

MAYO, 2003 SUMARIO

Todo lo que el universo ofrece

☞ **William Carlos Williams**

► El siguiente fragmento pertenece al libro *En la raíz de América. Iluminaciones sobre la historia de un continente*, de reciente edición dentro de la colección Noema que publica nuestra casa editorial en coedición con Turner Publicaciones de España.

Ante la belleza orquideana del nuevo mundo, el viejo se apresuró a vengarse inevitablemente tras el retorno del Italiano. Semejantes cosas acontecen en secreto. Aunque los hombres se vean embargados por la belleza mientras se esfuerzan en sus trabajos, su conocimiento se limita tan sólo al proceso, o, en todo caso, a la labor terrible de sus manos; no llegan a atisbar las fuerzas que los mueven. No podemos culpar a España por la brutalidad de los descubridores. Salieron a recorrer los mares impelidos por los instintos, instintos más antiguos que el pensamiento, como las profundidades marinas que cruzaban, instintos que obedecían en nombre del rey o de Cristo o de quienquiera que fuese, mientras contemplaban el Nuevo Mundo que se recreaba en desvelarse ante sus ojos como por milagro, ante ellos, ensordecidos y ciegos. Dirigiendo un timón que los llevaba más allá de todo horizonte conocido, se vieron impulsados a buscar quizás una cierta justificación por las victoriosas batallas emprendidas y ganadas contra árabes y moros; pero estas cosas constituyen tan sólo la superficie. En el fondo estaba y sigue estando, en permanencia, el mal del mundo entero: estaba el desengaño radical y perenne que sigue, como el hu-

mo, a toda explosión de ideas. Era el espíritu malicioso que subyace a las vidas de los hombres y contra el que nada opone la más mínima resistencia. Y por muy amargo que sea el pensar que Tenochtitlan, la ciudad bárbara, y también su gente, y también su genio dondequiera que radicara, hubiera tenido que ser aplastada en razón de esos nombres extraños con que los hombres dan en apelar a su vacío, con todo, no fue culpa de los hombres. Fue la fuerza de la jauría movida por los muertos. Cortés no era malicioso, ni tampoco estúpido ni ciego, sino un conquistador, como cualquier otro conquistador. Con un coraje casi sin precedentes, discreto, ingenioso en la desventura, era un hombre de genio admirablemente ajustado a su cometido. Cuanto su mano tocaba amainaba su temple, a su pesar. Era uno más entre sus compañeros. Velázquez, el gobernador de Cuba, que fue quien lo envió a su expedición, lo atacó a traición desde la retaguardia una semana más tarde. Incluso sus capitanes estaban dispuestos a abandonarlo, desertando de la empresa, tan duro era de seguir. Pero la empresa toda vivió durante muchos años, siempre al borde de su posible extinción, siempre al límite, en ese preciso punto en que la ruina sobreviene a la destrucción y todo en razón de esa ira imprevista que floreció de manera inaudita e inocente, así como misteriosa, en Fonseca, arzobispo de Burgos, presidente del Consejo de Indias. El mismo hombre, sí, el más poderoso enemigo de Cortés, que ya había adquirido notoriedad por la malevolencia y el rencor con que había frustrado los planes de Colón —una lógica transparente si hubiera habido dos en lugar de aquel uno y único Fonseca—. Después de un difícil viaje desde Cuba, atravesando el Golfo, Cortés logró arribar sano y salvo con su pequeña flota ante lo que ahora conocemos como Veracruz, junto a la ciudad aborígen de Cempoal. Allí, para evitar que sus hom-

bres lo abandonaran en razón de las penalidades a las que se habían de enfrentar, hizo barrenar sus naves, so color que los dichos navíos no estaban para navegar, y los destruyó.

Inmediatamente Moctezuma se apresuró a enviar presentes, a la vez que rogaba al español que no se aventurara en el interior del país: un collar de oro de siete piezas, engarzado con muchas gemas que parecían rubíes pequeños, 183 esmeraldas y 10 perlas preciosas, con 27 campánulas colgantes de oro. Dos ruedas, una de oro como el sol y la otra de plata con la imagen de la luna sobrepuesta, hecha de láminas alternadas de los citados metales preciosos, de una circunferencia de 28 manos, que mostraba en bajorrelieve una serie de figuras de animales y otras cosas, labradas con enorme habilidad e ingenuidad. Un tocado de oro y madera, adornado con piedras preciosas, de las que pendían 25 campánulas de oro y, coronando la pieza, en lugar de una pluma, un pájaro verde con ojos, pico y patas de oro. Varios zapatos de piel de gamo, cosidos con hilo de oro, cuyas suelas estaban hechas de unas piedras azules y blancas de aspecto brillante. Un escudo de oro y piel, del que colgaban unas campanillas pequeñas y cubierto con placas de oro, en cuyo centro estaba grabada la imagen del dios de la guerra entre las cuatro cabezas de un león, de un tigre, un águila y una lechuza representadas en vivo con todo su pelo y sus plumas. Veinticuatro hermosos y también curiosos escudos de oro, plumas y perlas diminutas, y cuatro hechos tan sólo de plumas y plata. Cuatro peces, dos patos y otras aves de oro fundido. Un gran espejo adornado de oro y también otros muchos pequeños. Mitras y coronas de plumas y oro adornadas con perlas y con gemas. Varios penachos enormes de bellas plumas, adornados con grecas de oro y perlas pequeñas. Varios abanicos de oro y plata engarzada; otros, sólo de

plumas, de diferentes formas y tamaños. Una gran variedad de mantos de algodón, algunos sólo y completamente blancos, otros a cuadros blancos y negros, o rojos, verdes, amarillos y azules: por fuera burdos como estameña o peludo paño pero en su interior faltos de color y también de pelo. Una serie de chalecos, pañuelos, colchas, tapices y alfombras de algodón, cuya habilidosa ejecución era en mucho superior a los materiales de los que estaban hechos. Y también libros hechos de tablillas con una superficie lisa para escribir, las cuales, como estaban unidas, podían doblarse o bien extenderse en acordeón hasta una longitud considerable “y cuyos caracteres a nada se asemejaban tanto como a los jeroglíficos egipcios”. Pero Cortés se negaba a volver; antes bien, aquellos objetos estimulaban su apetito de aventura. Sin más, envió unas cartas a su soberano advirtiéndole que ya que había llegado hasta aquellas tierras para conquistarlas en nombre del rey y de la verdadera Iglesia, se proponía proceder inmediatamente a capturar a Moctezuma, vivo o muerto, salvo que mostrara su disposición a aceptar la fe y a reconocerse súbdito del trono de España.

El avance no fue distinto del de cualquier empresa militar semejante: consiguió sus objetivos. Superando todo tipo de dificultades, Cortés siguió su camino a voluntad, abriéndose paso por el país a través de los tranquilos maizales de Cempoal, dejó atrás la cumbre humeante del Popocatepetl, hasta que, tras largas semanas de esfuerzo, llegó hasta los grandes lagos y las ciudades pequeñas que se sitúan en ellos y que lindan con la propia Tenochtitlan. Moctezuma, viendo que no cabía hacer nada para impedir su avance, envió mensajeros acompañados por 300 guerreros, que llegaron al encuentro del español en su camino y avance por la ruta del lago y allí mismo le dieron la bienvenida a su distrito con gran ceremonia y muestras de amistad. Destacaba entre ellos un joven de imponente aspecto que descendió de su litera y caminó hasta encontrarse con el conquistador, precedido por sus acompañantes que iban recogiendo las piedras que encontraban en su camino y otros pequeños obstáculos que impidieran su tránsito. Ése fue el preciso momento en el que Cortés cruzó el primer paso ele-

vado que conducía hasta una de las más modestas ciudades lacustres, construida de pura piedra tallada y alzándose pulida y directamente sobre el agua. Quedó sobrecogido de asombro. Las casas eran de una construcción tan elaborada, de cantería muy prima, tan bien decoradas con madera labrada y entoldadas con paramentos de algodón, tan embellecidas con el trabajo del metal y otros signos de una civilización hermosa; la gente era tan cortés; los jardines, los árboles, los invernaderos de flores eran de una magnificencia tal como nunca había visto ni tampoco siquiera imaginado nadie. En la casa donde se acogió al conquistador y donde se le hicieron los honores aquel día y aquella noche, observó con especial curiosidad una especie de estanque construido de piedra en las aguas claras y al que se descendía por medio de unas escaleras de piedra mientras que en su torno se disponían unos caminos enlosados bordeados por arbustos de dulces fragancias y plantas y árboles de todo tipo. También tomó nota del bien abastecido huerto. Al día siguiente, a mediodía, llegó al término de su viaje.

¡Allí estaba! Una ciudad tan grande como Córdoba o Sevilla, circunscrita por completo en sus límites por el lago, a tres kilómetros de tierra firme: Tenochtitlan. Hasta ella llevaban cuatro avenidas o entradas, formadas por puentes o levadizos artificiales. A lo largo del más oriental de los mismos, construido a partir de grandes vigas perfectamente talladas y ensambladas unas con otras, y de unas dos varas de ancho, avanzaban los cristianos. Esta avenida que se adentraba en la ciudad por uno de sus lados y la recorría en su salida por el otro, constituía asimismo su calle principal. Al acercarse, Cortés vio, a derecha e izquierda, magníficas casas y templos, junto a cuyos muros deambulaban, a cada lado, filas paralelas de sacerdotes vestidos con túnicas negras, y, entre ellos, con un séquito de dos hombres, Moctezuma, a pie, por el centro de la calzada. Cortés dio un paso adelante pero sus adláteres se interpusieron. Entonces el emperador avanzó en solitario y con ademán de máxima sencillez puso una cadena de oro en el cuello del cristiano. Luego lo tomó de la mano y, seguido de todo el cortejo, lo condujo hasta los aposentos que habían sido elegidos

para los visitantes, en un gran edificio cercano a los palacios reales en el centro de la ciudad. Todo había sido dispuesto con antelación: todas las necesidades materiales anticipadas junto con ricas dádivas, como había sido el caso anteriormente: metales y piedras preciosas, elegantes atavíos extraordinariamente lujosos para el hombre y para la mujer, colgaduras ornamentales para dormitorios y recámaras, tapices para los salones y los templos, cobertores hechos de plumas entrelazadas con algodón y muchos artificios hermosos y extraños, que evidenciaban una “destreza de ejecución tan refinada y costosa que, considerando su novedad y extraordinaria belleza, no se les podía poner precio”. Allí, en aquel gran edificio cuyo salón principal iba a constituir el cuartel general de los españoles desde entonces hasta el final, Moctezuma y Cortés se encontraron así y finalmente sentados frente a frente. Habló Moctezuma: “Bien sé que te han dicho que soy un dios o me considero un dios, que cuanto hay en mis casas es todo oro, plata y piedras ricas. Lo que ahora veis, mis casas y palacios son de piedra, madera y cal”. A continuación y abriendo su manto: “Ya veis mi cuerpo de carne y hueso como los vuestros, y me podéis tocar”. Ante esta ingeniosa ocurrencia, tan amable y llena de divertida ironía, Cortés quedó sin réplica salvo para exigir que aquel hombre se declarara inmediatamente súbdito del rey de España y que además manifestara públicamente allí y ahora su vasallaje ante el nuevo poder que se le imponía. Cualesquiera que hubieran sido los sentimientos que el azteca albergara a lo largo de las semanas que vieron el lento avance de Cortés desde la costa hasta la capital, no hubo nada en aquel momento que lograra perturbar su aristocrática reserva. Había meditado y había tomado ya su decisión. Sin asomo de ira, miedo o impaciencia; sin humildad ni reparo pero con la fuerza nacida de la determinación de enfrentarse a toda costa a una situación que parecía escaparse rápidamente de su control, tomó de nuevo la palabra. Explicó que su pueblo no estaba constituido por los verdaderos aborígenes de aquellas tierras, sino que habían emigrado hasta allí en tiempos pasados y dio por finalizadas sus palabras aceptando la autoridad del monarca español como su señor legal y hereditario. Tras

las consabidas explicaciones y manifestaciones ante el pueblo, Cortés pasó a constituirse, en nombre de Castilla y de la Iglesia verdadera, en regente reconocido de todo aquel país.

Las calles, las plazas públicas, los mercados, los templos, los palacios, la ciudad entera extendió su oscura vida sobre la tierra de un mundo nuevo, enraizado ahí, sensible a su riquísima belleza; un mundo, sin embargo, tan distante de aquel otro extranjero cuyo contacto endurece y protege, que justo en aquel preciso momento, ante el aliento de la conquista, aquel mundo nuevo desapareció. Aquel universo entero nacido de una posible asociación, de carácter único, se hundió con su abrazo de fuego bajo la tierra para no volver a ser encendido, nunca. Nunca, salvo, quizás, en espíritu; un espíritu misterioso, constructivo, independiente, poderoso en su riqueza natural; ligero, incluso, y por así decir, como de plumas: un espíritu desaparecido y perdido en aquella tierra. Apenas había elemento alguno en la increíble organización de aquella ciudad que no evidenciara un vigor intelectual enraizado en aquel ingenio y en aquella delicadeza que habían hecho de ella un lugar de extraordinaria distinción. Sus calles, tierra y agua a partes iguales eran navegadas por canoas y en sus cruces se tendían puentes para unir las mediante estructuras de enormes vigas de madera que abrazaban transversalmente, en su caso, los cascos de los caballos en filas de a 10. Para el abastecimiento de agua, tenían un conducto de mampostería, de cinco pies de alto y dos palmos de ancho, que circulaba desde tierra firme por encima de una de las grandes avenidas puente, transportando excelente agua potable. Había dos acueductos de ese tipo, uno junto al otro, que se utilizaban alternativamente, mientras se procedía a la limpieza de uno de ellos. Había plazas públicas, y una de enorme tamaño, toda ella porticada, donde diariamente 60 000 almas se ocupaban de comprar y vender bajo la supervisión de 12 magistrados centrales y un número no especificado de alguaciles. Allí podía comprarse “todo lo que el universo ofrece”, desde los servicios personales de trabajadores y mozos hasta las más refinadas piezas de joyería: oro, plata, plomo, bronce, cobre, estaño; piedras talladas y sin labrar, ladrillos cocidos o sin cocer, madera labra-

da o sin labrar, de todos los tipos; caza en toda su variedad, aves de corral, codornices, perdices, patos salvajes, papagayos, pichones, quetzales, gorriones, águilas, halcones, lechuzas, también las pieles de las aves de presa con sus plumas, cabeza, pico y garras; conejos, liebres, ciervos y cachorros de perro que criaban para carne; lana y carbón en abundancia y braseros de barro para quemar carbón; esteras de diversas clases; todo tipo de hortalizas, especialmente cebollas, puerros, berros, capuchinas, acederas, alcachofas y cardos dorados; frutas, pescado, miel, cereales —bien en grano, o molidos ya en harina o incluso cocidos en hogazas—; diferentes tipos de algodón hilado en distintos colores; jarras, cántaros, tinajas y todo género de loza, todas ellas de la más fina arcilla, la mayoría vidriadas y pintadas; huevos, pasteles de ave y de pescado; vino de maguey, y, finalmente, allí se vendía todo cuanto pudiera encontrarse a lo largo y ancho del país, cada variedad de mercancía tenía asignada su propia calle o su especial ubicación en una zona del mercado atribuida exclusivamente a la misma, de manera que se observaba el máximo orden. Había una calle destinada a las hierbas aromáticas o medicinales, y había también establecimientos especiales para afeitarse y lavarse la cabeza y también restauradores que suministraban alimento y bebida a un precio fijo.

Existían numerosos templos a lo largo y ancho de la gran ciudad, pero había uno entre todos que superaba con creces al resto, en razón de la grandiosidad y también de la excelencia de su arquitectura en todos sus detalles. Del interior de su sagrado recinto surgían 40 torres, arrogantes y sólidamente construidas, la más grande de las cuales, construida con una piedra tallada de una textura extraordinariamente dura, contaba 50 escalones que conducían hasta el cuerpo principal de la misma. Una masa más elevada que la catedral de Sevilla. Tres salas de sorprendente amplitud y altura, adornadas con figuras esculpidas en piedra y madera, albergaban a los ídolos principales. A partir de los mismos y a través de unas puertas muy pequeñas se accedía a las distintas capillas que no admitían luz alguna, ni tampoco gente, a excepción de los sacerdotes, y de éstos, tampoco a todos. En estas capillas,

• CALENDARIO •

Enhorabuena: nuestra filial peninsular cumple 40 años. El Fondo de Cultura Económica de España fue fundado el 24 de abril de 1963 con un objetivo claro: contribuir a la máxima difusión de la cultura universal. En este sentido, dentro de un contexto político y social marcado por la dictadura franquista no faltaron los problemas con la censura del momento ni otras dificultades derivadas de la identificación de nuestra casa editorial con el exilio republicano español en México. Pese a ello, el FCE consiguió llevar a los lectores españoles no sólo importantes títulos de creación en nuestra lengua sino, incluso, algunas traducciones de obras del pensamiento universal que todavía hoy resultan vigentes y constituyen verdaderos clásicos en sus respectivas disciplinas. Así, desde 1990 y hasta la fecha, nuestra filial en España ha venido desarrollando un programa editorial propio, con muchos e indispensables autores que se han ido incorporando al catálogo del FCE: Fernando Savater, Rafael Argullol, María Zambrano, Pierre Grimal, Ernst Tugendhat y Javier Muguerza, entre otros. Hace 40 años el FCE llegó a España y su primer director fue Javier Pradera, fundador de Alianza Editorial. Hoy nuestra filial está a cargo de Juan Guillermo López, ex editor de Patria, Planeta y Plaza y Janés, entre otros sellos.



Con el propósito de hacer llegar los libros que nuestra casa edita a un mayor número de lectores, particularmente en zonas donde la oferta editorial escasea, el ayuntamiento de Ciudad Nezahualcóyotl y el FCE abrirán una librería en aquella demarcación del Estado de México.

Para tal efecto, las autoridades de Ciudad Nezahualcóyotl y el FCE firmaron un convenio de

Ladra lo crudo

 **Saúl Yurkievich**

Ladra lo crudo

**ese perro ladra de noche
ese perro ladra sin parar**

**no aúlla ni rabia
no ladra por circunstancia
ladra por condición**

**¿es el ladrido su pesadumbre?
ladra su fundamento
sus húmeros ladran sus
lagrimales su páncreas
ladra lo latente
la cifra de su substancia
lo carnal ladra en él
lo desolado
ladra lo crudo
ladra su atónito desamparo
la vaga vasta amenaza
ladra por todo lo hostil**

**de noche ladra contra lo
oscuro
que lo traspasa
contra lo
desalmado
ladra.**

Por igual

como perro

**de noche
por parecido desamparo
ante mí
llora mi amigo Ken
trata de contener su
congoja
y desespera
convulso el llanto estalla**

**impúdico
allende toda urbanidad
el llanto lo rebasa**

**el cúmulo negro lo abruma
se desmorona su morada
su lengua se deshila
todo se agarrota
el sin sentido lo cerca
lo vacante lo anonada**

**mi amigo Ken
ya no puede tenerse en pie
estremecedoramente
como perro que ladra de
noche
por compulsión
estalla en llanto.**

**Hay que vivir —le digo.
La vida es un don.**

No obstante.

**A pesar del pesar.
Es duro, pasmoso,
insoportable don.**

- Poema tomado de *Sueño del ojo y del espejo*, Madrid, Galería Estampa, 2002.

decoradas con una extraña imaginería en piedra, cuya carpintería labrada y pintada mostraba unos bajorrelieves con figuras de monstruos y de hechos diversos, que estaban sin pavimentar, oscuras y manchadas de sangre, ahí era donde se llevaban a cabo los ritos y prácticas religiosos que tanto habían escandalizado a los cristianos. Era ahí donde se enraizaba en toda su firmeza aquel profundo sentimiento de la tribu para con una realidad que se remonta hasta la permanencia en unos orígenes remotos. Era el empuje y vector terrígeno de su lógica; la sangre y la tierra; la realización de su identidad primigenia y sin solución de continuidad en la tierra misma, donde todo queda fijado en la oscuridad. Los sacerdotes con sus túnicas negras, hombres de la tribu cuyo pelo no conoce tijera ni peine; la exclusión instintiva de las mujeres de todos los lugares de culto; la prohibición para los sacerdotes de la sociedad de las mujeres: era un reconocimiento ceremonial del profundo instinto asexual de la vida misma, del animal hambriento, que subyace a cualquier otro poder; el secreto misterioso de la existencia que ellos, los vivos, heredaron de los muertos. Lo mismo cabe decir de su escultura. Es el misterio del pasado que viene significado en toda su verdad en esa conjunción de monstruos, animales grotescos y bestias con lo humano —amables asociaciones animales distorsionadas por las invasiones de la noche—, eso y no un instinto degradado con raíces necesariamente en el miedo y la opresión. La tierra es negra y ahí está: sólo el arte progresa. Las figuras de los ídolos tenían, ellas, un tamaño sobrehumano y, significativamente, eran de una sustancia como un barro, hecho de semillas y leguminosas, que se utilizaba habitualmente como alimento, el cual se molía, mezclaba y ligaba con sangre humana, todo lo cual, una vez completado el proceso, se consagraba con un baño de sangre humana procedente del corazón de una víctima viva. Los ídolos principales tuvieron que soportar que Cortés los separara de sus peanas y los arrojara por las escaleras del templo; un acto de extraordinaria osadía; y, simultáneamente, un acto de purificación de las capillas y de entronización en las mismas de la imagen de Nuestra Señora y de los santos.

Contra la barbarie...

☞ **Rafael Cadenas**

Entrevista con Claudia Posadas

Ante la violencia y la búsqueda de poder como impronta del ser humano, ante la fractura de la propia nación y el continente, la poesía y el pensamiento del venezolano Rafael Cadenas (Barquisimeto, estado de Lara, 1930) se erigen como una referencia de análisis del hombre contemporáneo. Su crítica parte de un diagnóstico de la conciencia, estancia generadora de nuestro desgarramiento: para el autor, en su reconocido ensayo "Realidad y literatura", existe una sola condición: "El ser humano víctima de su propia psique [...], de sus prejuicios [...]; el ser humano que 'proyecta' su angustia en todo lo que hace creando división, sufrimiento, agonía [...]; el ser humano atezado por sus propios productos: odio, afán de notoriedad, deseo de poder [...]; el ser humano consciente del desastre que ha creado y sigue creando, pero como imposibilitado para detenerse".

Frente a este diagnóstico, sus planteamientos apuntan a considerar "la vida como totalidad" y no a partir del fragmento que significa la visión del ego. Así, busca un equilibrio entre la psique, el espíritu y lo axiomático, afinado siempre en la realidad, para llegar a "la autocreación" de un hombre ético, vigilante "de los humos de la propia estimación", como diría Teresa de Ávila, que reconozca y se reconozca en el misterio mismo que es la existencia.

De esta manera, su reflexión desemboca, como expresa en un poema, en la práctica de un "ethos clásico de la gratitud y de la aceptación de la existencia finita (Schajowicz)", es decir, un *ethos* real, tangible, humano, construible, universal, que trascienda cualquier religión, cualquier moral, cualquier dogma, cualquier noción de orden sobre todo lo que conlleva el concepto de éxito.

Para Cadenas, la poesía ha sido la fuente donde se puede encontrar al ser en el lenguaje, y dado que para el autor este proceso debe ser individual, en sus

poemas no hay una intención de hablar en nombre de la humanidad. Su poesía, engarzada en la más absoluta honestidad, implica una revisión profunda y descarnada del yo. De esta manera, su creación es el solo testimonio de un hombre interesado en encontrar el centro de quietud de la psique, el centro donde la barbarie sea transfigurada.

Rafael Cadenas pertenece a la estirpe de esos "renovadores secretos" de la literatura de nuestro continente, como dice Juan Gustavo Cobo Borda. Por la trascendencia y profundidad de su obra, que ha sido recogida para Latinoamérica en el volumen *Obra entera. Poesía y prosa, 1958-1995* (FCE, 2000), merece un reconocimiento como el Premio Juan Rulfo de Literatura Latinoamericana y del Caribe.

CLAUDIA POSADAS: Tanto en su poesía como en su ensayo la crítica se centra en cualquier fundamentalismo, ya sea económico, moral, religioso, y está ubicada en la realidad. Sin embargo, tampoco se es fundamentalista de esta premisa porque se sigue abierto "al misterio de vivir". ¿Por qué esta razón, esta crítica escéptica como método para su búsqueda e indagaciones?

RAFAEL CADENAS: Veo que amplías el término fundamentalismo sacándolo del campo de las religiones, sobre todo monoteístas, que es donde suele aplicarse. El politólogo alemán Thomas Meyer lo definió como "movimiento de exclusión arbitrario" muy opuesto a la modernidad y el cual "pretende ofrecer, en la medida en que condena toda posible alternativa, certezas absolutas, sostén firme, auxilio permanente y orientación incuestionable". Esta definición que encontré en el libro *El fundamentalismo religioso*, de Klaus Kienzler (Alianza Editorial), permite detectar dicho fenómeno en muchos otros ámbitos, como lo indica tu pregunta. En todo caso, su auge se debe probablemente a que suministra a

colaboración mediante el cual nuestra editorial pondrá a disposición ejemplares de sus publicaciones de catálogo junto con las novedades más recientes. Dicha librería estará ubicada dentro de un espacio de recreación familiar —conocido como El Castillo—, localizado en la avenida Chimalhuacán y la calle Clavelero, en pleno centro de la ciudad, en donde el gobierno municipal construirá un recinto especial de 96 metros cuadrados para la exhibición de libros.

Ésta será la tercera librería en colaboración con instituciones culturales o gobiernos estatales que se establece, y se sumará a la red de sucursales que el FCE tiene en el país y en el extranjero. La primera librería en cooperación se promovió con el teatro Isauro Martínez de Torreón, Coahuila, y fue inaugurada el pasado 12 de junio de 2002; la segunda, en colaboración con la Universidad Autónoma de Nayarit, abrirá próximamente sus puertas al público de la ciudad de Tepic.



El pasado abril murió Abraham Zabludovsky, uno de los pilares indiscutibles de la arquitectura contemporánea mexicana e internacional. Nacido en Polonia en 1924, Zabludovsky se formó en la Escuela Nacional de Arquitectura de la ciudad de México. Más tarde trabajó con el ilustre Mario Pani, un magisterio que se complementó —dicen los enterados— con el aprendizaje que ofrecían a la militancia "moderna" de los años cincuenta y sesenta las obras de Marcel Breuer y Mies van der Rohe.

Asociado con Teodoro González de León, Abraham Zabludovsky construiría en la segunda mitad del siglo xx un nuevo lenguaje arquitectónico, "masivo y monumental, basado en el uso exclusivo del concreto martelinado, que vistió gran parte de los edificios emblemáticos de México", al decir de su discípulo Miquel Adriá. En efec-

la persona que elige una creencia cerrándose totalmente, una seguridad que ella siente como inexpugnable. En realidad, no se trata de una elección. La creencia procede inicialmente del hogar, de la escuela, del ambiente, y es sólo más tarde cuando puede afirmarse con carácter absoluto, impermeable a todo interrogar. Aparte de la religión, donde hay más propensión a incurrir en fundamentalismos es en el terreno de la política. Los estragos que causa este fenómeno y su acompañante inseparable, el fanatismo, están a la vista con una contundencia inaudita debido al terrorismo, que es en su expresión extrema. En cuanto a mi método, en realidad no tengo ninguno salvo la cautela del ver.

C. P.: Hay cierta trayectoria "espiritual" que inicia con una negación "de los caminos de gracia"; posteriormente acepta un "hambre de gracia", hasta que llega a la aceptación del fluir con la vida. Así, concilia dos aspectos, la razón ubicada en lo real y esta apertura "al misterio de vivir", es decir, llega a una "mística personal", como dice. ¿No le interesa una certeza religiosa como tal? ¿El concepto del *ethos* clásico es la manera de conciliar razón y misterio?

R. C.: Sí, procuro ir con la vida sin oponerle resistencia. Casi me dejo llevar, aunque a veces me atasco. Dependemos de esa fuente, pero no la poseemos, más bien le pertenecemos. Ver, sentir eso es una apertura que puede significar mucho para quien esté muy envuelto por su ego. Debo decirte que siempre evito la palabra "mística" porque se presta a confusión, suscita prejuicios y está tan cargada de sentidos que terminamos por no saber qué significa. Al usarla conviene tener la precaución de precisar qué tratamos de decir con ella. Razón y misterio no se oponen, lo que pasa es que ella llega a un punto después del cual no puede seguir. Allí se encuentra con el espacio del misterio, palabra que por cierto tiene la misma etimología del término "místico". Deriva, como éste, de *mistés*, que designaba en Grecia a la persona iniciada en los ritos secretos. Si lo que llamas certeza religiosa tiene que ver con creencia, pues no tengo ninguna. ¿Crear significa religión? Pienso que no, aunque es lo que piensan los más. Pero sentir el misterio que nos rodea y nos constituye sí me parece religiosidad.

C. P.: Como se ha dicho, en sus concepciones hay un privilegio de lo existente, e incluso el concepto del "misterio de vivir" se afina en la realidad (por ejemplo, niega cualquier mística que privilegie otra realidad más allá de ésta). Incluso, la apuesta por lo real en el arte ha sido tema de un ensayo. ¿De qué manera esta concepción se fue conformando dentro de su proceso crítico? ¿Qué se deja de lado o qué se gana?

R. C.: La palabra realidad para mí es otro nombre de lo desconocido, que nunca será conocido. Es todo cuanto sucede, pero también lo nouménico. Detrás de lo existente hay una especie de inteligencia, ¿verdad? Marco Aurelio tiene una frase que me gusta y viene al caso. Él habla de "la mente gobernadora del universo". Piensa, por ejemplo, en nuestro cuerpo. Ahí tienen lugar innumerables y complejos procesos que afortunadamente no dependen de nuestra mente consciente. El yo no podría manejarlos, produciría un desastre, como pasa con todo lo que toca. Es otra mente absolutamente impersonal la que los lleva a cabo. Alan Watts tiene sobre esto páginas esclarecedoras. Preguntas qué se gana. Creo que nada y todo. Se deja de lado la mezquindad, y si aparece en nosotros nos damos cuenta. En realidad no somos dueños de nada. El yo se apropia de todo, empezando por el cuerpo, lo que le es más próximo. Si alguien, pongamos por caso, tiene un don, cualquiera que sea, el yo se lo apropia cuando en rigor el mérito de éste estribaría en lo que haga con él, pero básicamente no le pertenece. Comprender esto puede ponerle fin a la vanidad.

C. P.: De pronto vuelve la sombra, por ejemplo en *Memorial*: "hoy descubrí que el borde maligno aún existe". Después escribe: "Caemos, recaemos". Una vez llegado al concilio con la propia condición, ¿éste permanece o la crítica, la vigilancia del yo, debe ser constante? ¿Qué es lo alcanzado entonces?

R. C.: No existe ninguna garantía. Podemos deprimirnos o sentirnos ansiosos o ser visitados por el miedo. Aunque se haya lidiado con el yo, es posible que esos estados se aparezcan y se trate de hacer algo, pero no creo que enfrentarlos con la idea de vencerlos sea lo más conveniente. Tal es el impulso habitual. Como si se tratara de una pelea, pero en este caso la inveterada agresivi-

dad de los humanos no tiene cabida. Ellos quieren siempre dominar, controlar, triunfar. Uno de los poemas de D. H. Lawrence que traduje hace tiempo es precisamente "Triunfo". Te lo copio:

Me parece que durante
cinco mil años por lo menos
los hombres han querido
triunfar, triunfar, triunfar,
triunfar sobre sus semejantes,
triunfar sobre obstáculos
triunfar sobre el mal
hasta que ahora la palabra misma
es asqueante, no la
podemos oír más.

Si miráramos en nuestros
corazones, veríamos
que detestamos la idea
del triunfo,
estamos hartos de eso.

El trayecto no es lineal. Tampoco la palabra resultado sería apropiada y nada tiene permanencia, como lo sabía bien Heráclito.

C. P.: Una característica de su escritura es un discurso contundente, pero sobrio, temperado, ajeno a la "verbosidad abundosa", como usted dice, que se da a la par de un proceso de escritura meditado, lento. Estos aspectos se reflejan en temas escritos a partir de una autoexploración honesta. ¿Desde qué convicción surge esta actitud de vida y escritura? ¿La asume como una estética? ¿Cuál sería su opinión de otras estéticas en la poesía latinoamericana que privilegian esa "verbosidad" y un discurso fundado en ésta y no en la honestidad con el yo?

R. C.: Hoy pienso más las palabras, lo que tal vez no sea conveniente para la poesía, pero ¿qué puedo hacer? En su reino no caben las decisiones. Los cambios se dan un poco solos. Van apareciendo sin que uno se dé cuenta, aunque están vinculados con nuestro movimiento interior. Mi actitud no es estética, si bien le doy, claro, mucha importancia a la forma, sin ella no hay poema ni nada, y lo que haya de ética en mi trabajo nace de un sentimiento de unidad, de esa unidad que subyace en todo lo existente. Uno puede rechazar posiciones ideológicas de otros sin perder de vista que son seres humanos, y lo más importante es esta condición. Percatarse de que ella está por encima de todo es muy saluda-

ble en este mundo tan lleno de violencia. El crimen en política comienza con la palabra “enemigo”. Usarla es ya prepararla.

C. P.: Un tema constante a lo largo de sus libros es una revisión del lenguaje, del poema y del poeta. Para usted, la poesía es contrapeso del poder. En cuanto al autor, “uno sólo espera de los poetas un óbolo que sirva para el trayecto”. Pero ante la barbarie, ¿el poema y el poeta pueden tener algún sentido?

R. C.: La poesía, el arte, el pensamiento son como contrapeso del poder y de la sociedad. Aquél tiende a volverse perverso y ésta a aletargarse. Se requieren antídotos fuertes para contrarrestar esas calamidades, ¿y dónde encontrarlos sino dentro de la cultura? Se suele pensar que la poesía puede muy poco frente a la barbarie porque sólo le interesa a una ínfima minoría, pero ésta es una legión del espíritu y a través de ella actúa la poesía llegando así a ámbitos más amplios. En todo caso, lo más importante es el desarrollo de la conciencia; en tal sentido la lectura, pero no sólo de poesía, es decisiva.

C. P.: ¿Cómo se puede conciliar esta búsqueda de la dignidad, aunque sea personal, con el escepticismo que siente hacia el ser humano? ¿Este es permanente y definitivo?

R. C.: Escepticismo, para lo que uno siente en este momento, es un término eufemístico. Basta ver lo que ocurre todos los días en el mundo para no incurrir en optimismos ingenuos, que nos colocan, voy a usar una frase que le robo a Juan Goytisolo, en las afueras de la realidad. La verdad es que nos hemos acostumbrado al horror. Ni siquiera el más extremo, el de los genocidios, conmueve a la mayoría de los seres humanos. Voy a citarte sólo uno. Según Mathieu Ricard, en un diálogo con su padre Jean François Revel, los chinos asesinaron un millón de tibetanos además de destruir 6 000 monasterios y oprimen el Tíbet, todo ello ante la indiferencia mundial. En casi todos los países se violan los derechos humanos. Los más civilizados son los que fabrican más y mejores armas. El último aporte de Italia a la cultura, por medio de la FIAT, es el haber perfeccionado las minas anti-personas. Ahora no las hace de metal sino de plástico para que no puedan ser detectadas. Mujeres y niños seguirán

siendo las víctimas de esas bombas. Las armas atómicas y químicas continúan siendo una amenaza. No se le ve fin a la insania antirreligiosa de las religiones más mortíferas. El más inteligente de los depredadores sigue hiriendo la tierra, que es como si hiriera su propio cuerpo. Los brotes de violencia aparecen en cualquier parte, cesan en un lugar y surgen en otro. La delincuencia, el terrorismo y la corrupción son enfermedades endémicas y a todo lo anterior se añade el crecimiento desmedido de la población, que reproduce sin cesar los problemas; pero no seguiré esta enumeración. Son tan sabidos los males que nos rodean. En cuanto a los países hispanoamericanos, parecen destinados a no acertar. Suelen ser víctimas de caudillismos militaristas o de regímenes democráticos que terminan destruidos por la viveza criolla. En nuestras naciones lo único que parece prosperar es el ego. ¿Cuándo tendremos gobiernos donde realmente prevalezca la honestidad, una honestidad que sea inexpugnable? Yo siempre espero que aparezca el hombre ético. Sin embargo a la democracia, aunque siempre nos deja insatisfechos, hay que cuidarla; esto se lo digo, con abuso de confianza, a mis queridos mexicanos, y la mejor manera de hacerlo es ampliándola, despojándola de sus vicios, haciéndola socialmente más justa y por tanto más sólida. Casi siempre es posible mejorarla, a menos que haya fuerzas diabólicas que lo impidan. Termino, a modo de desquite, con una pregunta. ¿Cómo anda la de ustedes?

• *Esta entrevista fue realizada con el apoyo del Programa de Fomento a Proyectos y Coinversiones Culturales del FONCA, 2002-2003.*



to, nuestra ciudad de México no sería la misma sin esos edificios “a lo Zabludovsky”, escenografía y geografía urbana en donde sobresalen, sin duda, El Colegio de México, la Universidad Pedagógica Nacional, el Museo Rufino Tamayo y el ya por él remodelado Auditorio Nacional, por ejemplo.



La colección de arte surrealista, contemporáneo y primitivo que albergaba el estudio del autor de *Nadja* —número 42 de la rue Fontaine, París—, se dispersará tras la serie de subastas públicas que la casa Calmens Cohen organizó el pasado mes de abril. Demandas múltiples de artistas e intelectuales de todo el mundo no bastaron para que las autoridades del gobierno francés preservaran el acervo declarándolo “tesoro público” o, en su caso, promoviendo una fundación cultural que se hiciera cargo de miles de piezas que incluyen, por ejemplo, un lote de libros con más de 3 500 volúmenes, integrado por primeras ediciones valiosas o ejemplares únicos de Sade, Vivant Denon y Mallarmé, entre otros.

Sin embargo, al calor de la polémica que desató la subasta, Calmens Cohen ha insistido sobre las donaciones que hizo Aube —hija de Breton— al Estado francés y a sus museos. De esta manera, el Centro de Arte Contemporáneo Georges Pompidou recibirá, por ejemplo, el muro del estudio de Breton... Se trata de la pared que estaba situada detrás de su escritorio, repleta de objetos *ad hoc* u *objets trouvés* que “recrean” el universo en el que vivió el padre del surrealismo. A diversas y dispersas colecciones particulares se irán, entre otras, obras de Arp, Magritte, Miró, Picabia, así como ejemplares de arte popular y numismática, fotografías (más de 1 500 piezas, entre las que se cuentan placas de Bellmer, Cahun, Man Ray o Álvarez Bravo) y manuscritos.

La desabrida

 **Gonzalo Rojas**

*a veces me gustaban
pavorosamente las feas*

Volviendo al barranco de la repetición que viene a rematar
en la misma calle corta [septiembre número
125, wrong number],

parco y
más parco, al mismo historial
clínico y lagartijo de la mismísima posesa, no
todo era tan depre, su ánima
era depre, la perversidad
de su pescuezo picoteado era depre, la tábula
rasa de sus pezones era depre, pero no
la armazón fragante del pelo
pintado, ni sigiloso
el pelo otro de los tactos, ni el
arponazo diamantino pese a la Arruga
y a los estragos de la Arruga, ni mucho menos la altivez
del hueso hermoso.

Marcial
el de los epigramas le hubiera corregido
la nariz pero a mí esa nariz
de romana imperial me fascinaba
¿qué quiere usted?, no
por el cartílago menesteroso de oler
Mundo, no, ella no era Mundo, ni veía
ni leía Mundo viajara lo que viajara, ni
para qué decir libro de leer, salvo
eso sí la tele de 8 a 9, la serial
después de la oficina, los pies
vulgares encaramados en la cretona
desteñida del sofá, además quién
era ese quién, el Marcial ése, clásico de qué,
¡el día que lo sepa!
¡por internet el día que lo sepa!
Sé que no debo, sé
que no debo saber nada, que ese colchón
anancástico en el que duerme no se lo compré yo ni
nada, que llegó ahí solo, que
subió solo por la escalera crujidora, que
las joyas, los aretes, los perfumes de París y
no París, los zapatos espléndidos, esos trajes
de estación cortados a su medida

cicatera y bulímica, los espejos irascibles, la música, ese equipo para oír a Brahms, todo eso llegó solo a los escondrijos de esos clósets, los retratos, incluyendo el de mi madre, Dios mío, incluyendo el de mi madre

¡y ahí anda fría la culebra!

Dos figuras de mujer: la cuentamundo y esta otra: la sacacuentas. Tiro a encender la yegua en la última: yerro, la sacacuentas no es buena yegua, ahí mismo está el caso: lo camufló todo, lo urdió todo la taimada, inventó el suicidio, sollozó, y ahí anda la culebra, me consta que ahí anda la culebra.

A veces habla de amor, transa, el pacto incluye Banco, casa, comercio a escala de negocio alto. No entra la imaginación, ¡fuera la imaginación! nada, nada de libros arcaicos, murió el libro.

Viajes y más viajes. Dijo que no pero sí. Viajes y más viajes. Compró cachivaches. Fotos y más fotos. Subió a la Acrópolis, casi subió a la Acrópolis. Pero no vio a Píndaro.

Eso es más difícil, podrá abusiva colgar la imagen de mi madre en esa cueva de la parentela, besarla, escupirla con el asco de su flema: tabaco y enfisema, podrá igual disparar el cuchillo contra la mía foto grande en ese clavo de la pared con mar y roquerío al fondo, la ventolera de la Eternidad, podrá, podrá pero qué hago Teresa mía de Ávila ahí colgando clavo ardiendo, la pregunta misma es clavo ardiendo.

Fiera venganza la del tiempo como dice el tango: 55 no es buena edad, son meses de horror de mujer de horror, las moscas se han encargado de lo vivido y lo podrido. Fiera venganza la del tiempo.

Dos aromas de mujer: la cuentamundo y la sacacuentas. —Nemo te condemnavit, mulier?

—Nemo, Domine.

—Ni yo tampoco te condenaré. Percanta, mi percanta.

Hablé con Matta, anoche hablé con Matta en etrusco [Tarqüinia adentro], no hay culpa me dijo, lo endógeno y lo reactivo son lo mismo, el cuerpo que tengo y el otro cuerpo que soy, lo que hay más bien insistió es una italiana triste que iba para Beatrice y se torció por lo que haya sido, se arrugó por dentro, lárgala, la torcedura es irremediable, diagnóstico: desabrimiento intrínseco. Nerval vio el sol de la Melancolía, esto no es Melancolía, no corre aquí: hiede.

Tiempo que no la veo, cómo es que se llamaba esa loca, perdí contacto angélico y electrónico, claro recuerdo el número 125 de la calle corta con esa perra que ladraba y ladraba, unos visillos, unos autos, unos aviones a chorro en Jerusalén allá por el 2002 y esa vez que meó en Cafarnaún a todo sol ¡habráse visto encima de esos peñascos sagrados! ¡La pinta! Pensar que las santas mujeres lavaron el bellissimo cuerpo del Ensangrentado, y ella ahí mea que mea flaca, fea, feroz, encima del mismo Dios.

- Del mismo autor, nuestra casa ha publicado *Del relámpago* (Tierra Firme, 1981), *Antología de aire* (1991) y *Antología poética* (Entre Voces, 2000). Próximamente el FCE publicará un nuevo volumen con los siguientes títulos del autor: *¿Qué se ama cuando se ama?*, *Réquiem de la mariposa* y *Al silencio*.

Álvaro Mutis, los años en México

☞ William L. Siemens

► Fragmento del libro *Las huellas de lo trascendental. La obra de Álvaro Mutis*, publicado recientemente en nuestra colección Tierra Firme. De Mutis hemos publicado *Caravansary* (Tierra Firme, 1994) y *La muerte del estratega* (1999).

La época en que Mutis trabajó con Esso fue fructífera en muchos sentidos, pero terminó abruptamente, con un gran peligro para el escritor. Quizá si hubiese vivido en la España del siglo XVII su vida habría servido como la base para una novela picaresca. Como los *pícaros* de la Edad de Oro de España, Mutis había servido a muchos amos y, en el caso de la compañía Esso, se comportó como ellos, por su apresurada partida para evitar un castigo drástico. Sus problemas con Esso tuvieron sus raíces en la tentación que representaba el considerable presupuesto que manejaba:

Como jefe de relaciones públicas manejaba un jugoso presupuesto en el que había un renglón denominado “contribuciones y afiliaciones”. Las afiliaciones correspondían tanto a las cuotas mensuales de los clubs como a las donaciones que regularmente se hacían a ciertas entidades de beneficencia [...] Estas últimas [...] permitían una mayor flexibilidad, y llegué a ser más flexible de lo que debía.

Específicamente, comenzó a firmar recibos a nombre de organizaciones inexistentes para pagar por fiestas y celebraciones conmemorativas. Señala que una importante proporción del dinero se utilizaba para pagar lo que él llama “quijotismos de cultura” y se apresura a añadir que nada de ese dinero fue a parar a su propio bolsillo. En una oca-

sión, él y sus amigos de la comunidad artística organizaron una gran fiesta para celebrar el tricentenario de la muerte de Anthelme Brillat-Savarin, autor de *Fisiología del gusto* y uno de los padres de la cocina francesa. Llegaron hasta el extremo de traer por avión de París el pan y la mantequilla para el banquete. Alberto Zalamea hace notar que Mutis también estaba empleando ese dinero para financiar las primeras publicaciones de los escritores jóvenes prometedores, entre los que se encontraba García Márquez, así como para hacer del conocimiento público la obra de Fernando Botero; gracias a ello, el periódico *Crítica Espiral* y los llamados *Cuadernícolas*, que sus autores hacían circular como cuadernos de notas baratos, se las arreglaron para sobrevivir.

Aunque sin saberlo, Esso también habría de cosechar los beneficios de esa supuesta frivolidad. A ese respecto, Gonzalo Mallarino afirma:

Mutis fue quien vendió el concepto de cultura que sigue funcionando en Colombia. Hay una respuesta famosa que dio quien tiempo más tarde fue el presidente [de Esso], Fernando Espinoza, un tipo cubano fabuloso que siempre entendió y quiso a Álvaro. Cuando le preguntaron por qué se estaban llevando a cabo esos programas culturales y qué relación había entre ellos y algo tan prosaico como el petróleo, respondió: “Lo hacemos, no para vender, sino para seguir vendiendo. Usted sabe a qué me refiero, para que la gente nos quiera”.

Álvaro Castaño agrega lo siguiente a la afirmación de Mallarino:

Me gusta tu enfoque, afirmar que Mutis fue el precursor del mecenazgo de las artes. Tan es así que estableció una tradición que sus sucesores en Esso iban a heredar.

Ahora bien, en la época en que realmente se estaba llevando a cabo la malversación de fondos, el presidente de la compañía convocó a Mutis para informarle que tenía en la mano un considerable número de recibos de organizaciones inexistentes. Presa del pánico, Mutis pidió dos días para investigar el asunto y aclararlo. Desde luego, eso era imposible. Consecuentemente, el asunto fue puesto en manos del departamento jurídico de Esso, por lo que algunos de los amigos de Mutis —Álvaro Castaño Castillo, Casimiro Eiger y Santiago Salazar Santos, entre muchos otros, dice él— le organizaron una rápida huida. La ruta incluía paradas en Medellín, la ciudad de Panamá y, finalmente, la ciudad de México, a donde llegó el 24 de octubre de 1956. Mutis eligió México, donde había estado de visita tres años antes, porque le ofrecía ventajas que ningún otro país podía proporcionarle para hacer frente al tipo de predicamento en que se encontraba.

Mutis llevaba consigo cartas de presentación de Luis de Zulueta para dos amigos suyos que según él podían serle de ayuda en lo concerniente a iniciar una nueva vida en el nuevo país. Los dos amigos eran Luis de Llano y el gran director de cine Luis Buñuel. Dado que Mutis pensaba que no sería una cuestión fácil abordar a un hombre de la estatura de Buñuel con una carta, se dirigió primero a la oficina de De Llano, en Televisa. De Llano, a su vez, le arregló una entrevista con Augusto Elías, quien era propietario de una agencia de publicidad. Elías le ofreció rápidamente un puesto, que Mutis aceptó agradecido.

Por esa época, la calidad de su poesía le había hecho ganar algunos elogios internacionales y, recordando que Octavio Paz había hecho comentarios más bien favorables sobre él (“Un poeta de la estirpe más rara en español: rico sin ostentación y sin despilfarro. Necesidad de decirlo todo y conciencia de que na-

da se dice”), decidió hacerle una visita. Paz trabajaba para la Secretaría de Relaciones Exteriores, donde Carlos Fuentes era su secretario. Ellos dos, dice Mutis, lo pusieron en contacto con los intelectuales de México, entre ellos Elena Poniatowska, quien describe así el efecto que les causó Mutis:

Octavio Paz anunció: “Va a venir un poeta colombiano. Es un tipo fantástico, muy encantador”. No bien había llegado a México Álvaro Mutis, cuando comenzó a ir tan campante de una fiesta a otra. Era el “nuevo muchacho de la cuadra” más invitado. Contaba chistes y estaba al tanto de los últimos movimientos literarios, así como de las tendencias más modernas en la pintura. Hablaba de Goethe, de Brigitte Bardot y de misas negras. Reía a carcajadas hasta agotarse. Hacía declamaciones en francés y ponía acertijos en argot [...] Pasaba toda la noche conversando con Octavio Paz sobre la relación entre misticismo y el futuro de la humanidad.

Los amigos de Mutis repiten a menudo un divertido incidente de esa época que sirve para subrayar las diferencias de cadencia entre el español de Colombia y el de México. Recién llegado a la ciudad de México, fue a un restaurante y, cuenta Mutis, “me acuerdo que, cuando yo llegué aquí y pedía un café, el mozo me contestaba: ‘¡Pero no me hable golpeado, señor!’”

En esos días se encontró también con su viejo amigo Fernando Botero y a Gloria, la esposa de éste, en una exposición de la obra de Diego Rivera. Inmediatamente, Gloria insistió en que Mutis se mudara con ellos y así lo hizo, lo cual le permitió experimentar durante algunos meses algo que se asemejaba a la vida familiar.

Con todo, sus problemas continuaron. Un día notó que alguien lo seguía, y pronto se dio cuenta de que era un policía. Éste, a quien Mutis identifica únicamente como “Agente A. G.”, lo invitó a tomar un café con él, porque, según le dijo, tenían algunas cosas que discutir. El Agente A. G. informó a Mutis que estaba en el país ilegalmente y que tenía el deber de llevarlo a la cárcel, donde permanecería hasta que concluyera el pro-

cedimiento de deportación. Cuando Mutis reaccionó con una consternación comprensible, el agente le hizo esta observación: “No, mi amigo [...] por aquí las cosas se pueden arreglar [...] Este asunto no es tan serio”. Mutis dice que comprendió que estaba fuera de peligro inmediato y pagó al hombre un soborno.

El arreglo consistió en que los dos se encontrarían una vez a la semana en el Sanborn’s de Lafragua, tan sólo para confirmar que Mutis no había hecho ningún intento por escapar. En su excelente libro de entrevistas con Mutis, *Celebraciones y otros fantasmas*, Eduardo García Aguilar escribe: “Mutis hace sentir a cada uno de sus amigos como si fuera el mejor, como lo señaló Louis Panabière”. Fiel a su manera de ser, Mutis se hizo amigo rápidamente del Agente A. G.; y comenta que “A. G.” hablaba mucho sobre su familia, que era de ascendencia árabe, lo cual le proporcionó material para la creación del personaje conocido como Abdul Bashur. Un día, el agente llegó con Mutis en un estado de gran agitación y le informó que su amante acababa de intentar suicidarse y estaba a punto de morir. Le devolvió el dinero que le había pagado y le pidió que la llevara al hospital de la Cruz Roja más cercano y dijera que era su propia amante.

Tiempo después, a la primera indicación que recibió de que el juicio de extradición se había iniciado, Mutis pidió a A. G. que le consiguiera un pasaporte mexicano. Tres días más tarde, su amigo le trajo uno perfectamente válido, a nombre de Álvaro Martínez Garza, que podría haberle facilitado la huida a algún otro país, acaso uno en el que habría sido más difícil que las autoridades lo encontraran y mucho más que lo extraditaran. Por desgracia para él, unos días después se presentó su amigo con instrucciones de quemar el pasaporte, pues las autoridades habían atrapado al hombre que había estado falsificándolos y tenían ya en su poder una lista de los que estaban en posesión de sus hechuras. En la lista aparecía el documento obsequiado a “Álvaro Martínez Garza”.

Mutis hace notar que, finalmente, A. G. murió de un ataque al corazón —lo cual no parece sorprendente, en vista de la tensión que debían de entrañar sus aventuras clandestinas—, pero dice que continúa viviendo como una de las personas de carne y hueso que han inspira-

do las nefandas actividades de Maqroll el Gaviero.

En medio de toda esa incertidumbre, el talento de Mutis en varias áreas seguía recibiendo reconocimientos. Manuel Barbachano Ponce, productor cinematográfico que empleaba a muchos de los amigos de Mutis, lo invitó a trabajar para él, vendiendo publicidad y produciendo comerciales para la televisión. Barbachano comenzó a invitarlo a las reuniones en las que se discutían los guiones y los proyectos cinematográficos. Una de ellas se llevó a cabo en la casa de Luis Buñuel, a quien Mutis todavía no había mostrado su carta de presentación. Buñuel lo llevó al piso superior para mostrarle su colección de pistolas y otras armas, pero terminaron hablando de su biblioteca.

En la reunión propiamente dicha, Buñuel leyó tres historias, una de las cuales llegaría a ser finalmente *El ángel exterminador*. Carlos Fuentes y Jomi García Ascot, que estaban presentes, se mostraron moderados en sus reacciones, pero Mutis alabó efusivamente los guiones propuestos. Mutis comenta a ese respecto:

Buñuel quedó encantado conmigo... y me aseguró que yo era el único que había entendido los argumentos en toda su profundidad. Pero en realidad lo que había hecho era una gran burrada.

Desde luego, Mutis no había cometido una tontería; estaba en lo correcto. *El ángel exterminador* es una de las obras clave de un gran director.

Su amistad dio comienzo esa noche. Buñuel invitó a Mutis a mudarse con él y su esposa. A Mutis le pareció que no podía aceptar tal oferta, pero comenzó a cenar con la pareja con mucha frecuencia. Hace notar que una de las claves de su amistad fue su búsqueda mutua del martini seco perfecto. Buñuel estaba seguro de que el suyo era el mejor del mundo, pero Mutis dice que sabía a ciencia cierta que el suyo era superior. En realidad, Mutis es, al menos, la persona más entendedora de vinos y whiskeys escoceses con que este autor se haya topado jamás.

Pronto, el poeta Octavio Amórtegui, que se desempeñaba como agregado cultural de la embajada colombiana, informó a Mutis que le había llegado algo

que tenía que ver con su caso. Días después, en la casa de Acapulco de Antonio Souza, quien era propietario de una galería de arte muy conocida, Mutis llevó a cabo una despreocupada demostración de su destreza con el martini, sin sospechar que al día siguiente lo abordarían dos agentes vestidos de civil, uno de los cuales habría de informarle que estaba bajo arresto y que iba a ser extraditado a Colombia. Cuando Mutis buscó sus llaves para dárselas al portero, los agentes sacaron sus pistolas:

Con sus armas apuntándome, me hicieron subir en un automóvil y me llevaron al campo militar número uno, que era un sitio donde era fama que buena parte de la gente que entraba no salía con vida [...] Me trasladaron, a eso de las seis de la tarde, a Lecumberri, una inmensa cárcel también conocida como el Palacio Negro, construida por don Porfirio Díaz con base en los planos de la cárcel de Burdeos, pero con ciertas medidas duplicadas.

Entonces fue cuando oyó la inolvidable cantinela que emitían los presos siempre que llegaba uno nuevo: “¡Ya parió la leona!” El sentimiento que describe es importante desde el punto de vista de su efecto evidente en el personaje principal de una gran parte de su poesía y de su narrativa posterior: Maqroll el Gaviero. Dice que fue como si las cosas estuvieran ocurriendo en otra época, en otro mundo, en otro cuerpo y en otra alma. En diversas ocasiones describe a Maqroll como alguien que se siente alejado de sus propias experiencias, preguntándose qué está ocurriéndole a su ser verdadero en alguna otra región del tiempo y el espacio. Para quienes conocen a este hombre, Álvaro Mutis, que ha descrito su vida como un peregrinaje perpetuo, que siempre se ha deleitado en desplazarse por el mundo como si explorarlo fuera su destino y se ha deleitado con su mejor gente y características, la simple idea de que estuviera encerrado en una lúgubre prisión es intolerable.

Se enteró de que, en el mejor de los casos, no había posibilidad de que saliera de la cárcel en al menos un año. Dice:

Es un mundo de absolutos donde todo sucede de verdad, donde los hechos son irreversibles. En ese instan-

te desaparece el miedo profundo de los primeros días, y el instinto de supervivencia se asoma a la superficie con nuevos mecanismos de salvación.

Hace notar que las cosas habrían sido menos tolerables de lo que fueron de no haber sido por el apoyo de los amigos que tenía en México. Luis Buñuel fue el primero en visitarlo en la cárcel, y Mutis hace el comentario de que, cuando se acercaba el final de la primera visita de Buñuel, le dijo que primero debía probar el maravilloso pan que se hacía en la cárcel. Buñuel se mostró escéptico, lo cual es comprensible, pero Mutis hace la broma de que, después de haberlo probado, la frecuencia de sus visitas pudo haber tenido algo que ver con la calidad de ese pan.

Otra amiga que se mantuvo cerca de él durante su dura prueba fue Elena Poniatowska, quien describe así la experiencia de visitarlo en la cárcel:

Mientras nos lleva a su celda, Álvaro saluda a todos sus compañeros, sus “queridos presos”: “¡Eh, viejo; sí, viejo; no, viejo; préstamelo, viejo!” Todo el mundo es su viejo. Les da palmaditas en los hombros, abrazos cordiales, y ellos lo ven con una sonrisa, con una solidaridad fuera de lo común [...] Junto a él, los de afuera estamos muertos.

Los hermanos Barbachano le proporcionaron un abogado, siguieron pagándole su salario durante todos los 15 meses de estancia en la cárcel y finalmente rompieron las facturas de sus costos legales. Con toda rapidez, sus amigos hicieron un intento para que lo separaran de los criminales violentos, pero el embajador colombiano informó al director de la cárcel, de quien Mutis dice que fue un general de las fuerzas de Pancho Villa y constituyó otro personaje inolvidable, que el hombre en cuestión no era Álvaro Mutis, sino un impostor. Habiéndose enterado de la atrocidad, el cónsul colombiano en la ciudad de México fue a la cárcel a rectificar las cosas. El embajador se vengó entonces del cónsul, haciendo que lo reasignaran a Jamaica. Cuando el asunto se hubo resuelto, el director de la cárcel convocó a Mutis a su oficina para informarle que sus paisanos eran un montón de lunáticos.

El alcalde le preguntó si quería hacer algún trabajo mientras estaba en la cárcel. Se había decidido que, en lo sucesivo, los propios internos estarían a cargo de cada una de las crujiás. Se le pidió que se encargara de la Crujiá H, que era una de las más difíciles de supervisar del conjunto, porque allí era donde los detenidos pasaban sus primeras 72 horas. Debía tener al día los papeles de los presos, pasar lista tres veces al día, dar ciertos permisos y negar otros, guardar la disciplina y mantener a los nuevos detenidos bajo control. Mutis dice que era una tarea que lo ponía en peligro las 24 horas del día; y hace notar que, durante esa época:

Conocí [...] gente con maravillosos rasgos de bondad [...] Aprendí el ejercicio de la indulgencia. De Lecumberri salí convencido, para siempre, de que ningún hombre tiene el derecho a juzgar a otro hombre por cuenta de esa mentira que son las leyes y los códigos [...] Y aprendí a aceptar las cosas como nos las va presentando la vida, a saber que nada finalmente es grave, y que aun en medio de las peores condiciones siempre existe la posibilidad de gozar [...] Tenía la posibilidad infinita de soñar y eso me hacía sentir libre; más libre que muchos de los hombres que sin estar en una cárcel viven presos por las convenciones sociales o por los compromisos de esos absurdos trabajos que han florecido en eso que llaman el mundo moderno.

Una de las experiencias más fascinantes de Mutis en Lecumberri fue en su nuevo papel como director de teatro. Ocurrió cuando conoció a un joven cuyo apodo era *el Cochambres*. Para ese hombre, dice Mutis, estar en prisión era tan bueno como ganar la lotería, en el sentido de que ahí aprendió un oficio y a leer. El crimen del hombre consistió en haberse dejado vencer por el sueño sobre un prado del Paseo de la Reforma. Irónicamente, resulta que esa avenida fue nombrada así por un acontecimiento de la historia de México que, se suponía, había garantizado la justicia para los desposeídos. El prado era el lugar más suave de la zona para dormir y, al utilizarlo con ese propósito, *el Cocham-*

bres destruyó varias decenas de gladiolas. Lo despertó un par de policías, que estaban dispuestos a volarle los sesos en ese momento, ahí mismo. El juez estuvo de acuerdo en la gravedad del crimen y declaró culpable al *Cochambres* de “daños en propiedad de la nación”, que, dice Mutis, es uno de los crímenes más graves en los anales de México. Quizá sea significativo el que, en otra ocasión, Mutis afirmó que las flores eran 15 “margaritas” y que el juez se confundió y creyó que el acusado había desflorado en el parque a 15 mujeres llamadas Margarita y ésa fue la razón de la severa sentencia. Uno se siente inclinado a creer que esto representa lo que Karl Jung —cuyos escritos respeta Mutis profundamente— llama la obra del inconsciente creativo, al transformar una historia de la vida real en narrativa.

El Cochambres relató la historia a Mutis y éste, a su vez, la narró a un juez llamado Rolando Díaz de León, quien por casualidad era uno de los convictos. El juez le sugirió que hicieran de la historia una producción teatral, que él escribiría y Álvaro dirigiría. Los verdaderos problemas surgieron cuando Mutis trató de imponer entre los presos actores la disciplina que requería una producción de ese tipo, así como cuando se presentó la liberación inesperada de algunos de ellos después de que ya habían aprendido su papel; pero, finalmente, la obra, intitulada *El Cochambres*, quedó lista para ponerse en escena. El director de la cárcel dio su autorización para que se llevara a cierto número de invitados y, dice Mutis,

esa tarde Lecumberri se llenó de intelectuales, de actores, de actrices y de periodistas que escribieron honrosas páginas en los días siguientes. Allí estuvieron, entre muchos otros, en primera fila, Luis Buñuel y Seki Sano. El único de los infaltables que no pudo asistir, el más importante de los que han debido hacerse presentes en la sala, fue nada menos que el propio *Cochambres*, quien había alcanzado la libertad unas semanas antes.

A pesar de su peligroso nombramiento como capitán de crujía y de su trabajo como director de teatro, Mutis pasó una buena parte del tiempo escri-

biendo poesía y obras narrativas. Adornó su celda con algunos poemas de Apollinaire, en los que el escritor describe las hazañas de un hombre a quien Mutis llama el personaje histórico que más se asemeja a Maqroll el Gaviero: el príncipe don Pedro de Portugal, mejor conocido como don Pedro el de Alfarobeira, hermano del gran príncipe Enrique *el Navegante*. Los versos que más resaltan en la memoria de Mutis dicen así:

Con sus cuatro dromedarios,
don Pedro el de Alfarobeira
recorrió el mundo y lo admiró,
hizo lo que yo habría hecho
si hubiera tenido cuatro
dromedarios.

Además del *Diario*, Mutis escribió “La muerte del estratega”, “Sharaya”, “Antes de que cante el gallo”, el primer borrador de “El último rostro” en forma de diálogo y varios poemas que aparecen en *Los trabajos perdidos*. Algunas partes del *Diario* en las que no criticó las barbaridades de que fue testigo cometidas por las autoridades mexicanas fueron publicadas a la larga como su *Diario de Lecumberri*. Mutis hace la observación de que esas páginas contienen una gran cantidad de dolor y, al mismo tiempo, de esperanza.

La liberación de Mutis de la cárcel se produjo de una manera muy típicamente colombiana, ya que entró en juego el aceptado principio del *personalismo*. Como otros latinoamericanos, los colombianos hablan de obtener *la palanca* de un amigo o pariente en el poder con el propósito de ayudarlos a superar alguna dificultad. Mientras caminaba por una calle de Bogotá, Leopoldo, el hermano de Álvaro, se encontró casualmente con un poderoso jurista llamado Luis Carlos Pérez. En el transcurso de la conversación, Pérez se enteró del predicamento de Álvaro y decidió hacerse cargo de rectificar las cosas. Eso fue apenas un poco antes de que se anulara el juicio de extradición sobre la base de no menos de 11 objeciones serias. Aparentemente, un cambio de gobierno facilitó el proceso. Mutis comenta que, cuando el gobierno militar fue remplazado por una junta, los cargos en su contra fueron retirados. Sea lo que fuere, se descubrió que en los cargos había siete causas de nulidad y fue liberado. La reacción de Álvaro fue curiosa:

Fue entonces cuando me enfrenté a una experiencia que es tan brutal como la entrada a la cárcel: es el momento en el que se asoma un guardia y grita: “Álvaro Mutis, a la reja con todo y chivas”. Eso significa que uno ha quedado libre, y por absurdo que parezca lo primero que se siente es un terror espantoso.

Una vez en el exterior, dice:

Pensé: “Y ahora qué voy a hacer” [...] Al despertar de esa somnolencia que todo lo confunde, las cosas parecen inmensamente grandes: las calles, las construcciones, también las distancias [...] Todo parece imposible de alcanzar. Al día siguiente uno comprende que el mundo sigue ahí, pero ya no será el mismo [...] Al salir de la cárcel uno se lleva puesta, por ejemplo, una medida propia del dolor y del sufrimiento, que en adelante funciona como una brújula que está indicando constantemente hasta dónde se puede llegar.

Cuando visitó a Manuel Barbachano en su oficina, su patrón aplicó un poco de buena psicología. Aun cuando Manuel y su hermano se habían asegurado de que el salario de Mutis siguiera llegando a la cárcel, le habían conseguido un abogado y habían traído a su esposa e hijos de Colombia a México, Barbachano le dijo que no tenía nada que agradecerles y luego le pidió que revisara unos comerciales que la compañía había hecho para la Coca-Cola. En opinión de Mutis, el hombre quería simplemente ponerlo de inmediato en contacto con la realidad y hacerle sentir que no había ocurrido nada de importancia. Ese incidente representa una variación encantadora de la famosa historia del retorno de fray Luis de León a su cátedra después de 10 años en la cárcel, para iniciar una clase con las palabras: “Como estábamos diciendo ayer...” Barbachano subrayó lo que le decía sacando de un cajón de su escritorio los recibos por los servicios de los abogados y rompiéndolos.



El elusivo fantasma de la identidad

☞ **Juan Gustavo Cobo Borda**

► Capítulo del libro *Lector impenitente, de próxima aparición en la colección Tierra Firme del FCE. Del mismo autor hemos publicado la *Antología de la poesía hispanoamericana* (Tierra Firme, 1995) y *Todos los poetas son santos* (Tierra Firme, 1987).*

El gran artista uruguayo Joaquín Torres García (1874-1949) invirtió el mapa de Sudamérica, de manera que el polo sur quedó en la parte superior, y el Ecuador en la zona inferior. Hecho esto, dijo: “Nuestro norte es el sur”, y comentó que con el mapa vuelto al revés “tenemos una idea exacta de nuestra posición, que no coincide precisamente con lo que el resto del mundo quisiera para nosotros”.

Con esta ironía geográfica, Torres García proponía la creación de un nuevo mito cultural: “De hecho, todavía en América Latina la formación de una nueva identidad cultural, que algunos artistas enfocan más bien como la recuperación de lo que existía antiguamente, constituye un tema acuciante, sujeto a debate y discusión” (véase Daw Ades y otros, *Arte en Iberoamérica, 1820-1980*, Palacio de Velásquez, Madrid, diciembre de 1989-marzo de 1990, p. 285).

EL PRIMER EQUÍVOCO

Necesitamos de los mitos para vivir, pero requerimos también de las rupturas de los mismos para sobrevivir. Colón pensó llegar al Japón y a la China pero América se le atravesó en el camino. ¿Cómo ajustar lo que estaba ahí con lo que había soñado en los libros, trátese de Marco Polo o la Biblia? Desde el comienzo se iniciaron los desfases, siempre en pos de esa elusiva palabra que nos definiría. La palabra que nunca era

propia sino impuesta desde fuera. Nos llamamos América gracias a un navegante florentino y lenguajes e instituciones —gallinas que ponen huevos y armas que matan con su fuego— venían del otro lado, ya hechas, y servirían para conformar a estas sucursales que recibían el saber ya facturado en su integridad por las metrópolis. El saber y el sentir. El rezar y el blasfemar.

Pero curiosamente nuestra identidad, si es que existe como tal, se da precisamente en ese roce y ese ajuste. En ese diálogo e intercambio que nunca es pasivo ni afecta sólo a una de las partes sino que, como en el amor y la guerra, tiene mucho de combate y de fricción. Nadie sale indemne del mismo. Lo que, usando un concepto del destacado antropólogo cubano Fernando Ortiz, le permitió a Malinowski definir la transculturación en estos términos:

Un proceso en el cual ambas partes de la ecuación resultan modificadas. Un proceso en el cual emerge una nueva realidad, compuesta y compleja; una realidad que no es aglomeración mecánica de caracteres, ni siquiera un mosaico, sino un fenómeno nuevo, original e independiente.

Oro para rescatar el santo sepulcro, grifos que han dejado su huella en las rocas del Caribe, fauna que es explicada en relación con la africana. En ese mar de ambigüedades y equívocos se decanta la ambición fáustica y se olvidan los desaciertos, caídas y lamentos de un Colón cargado de cadenas. Nos quedan apenas sus palabras, primer signo de nuestra identidad:

certifico a Vuestras Altezas que en el mundo creo que no hay mejor gente ni mejor tierra. Ellos aman a sus próximos como a sí mismos, y tienen un habla, la más dulce del mundo, y mansa y siempre con risa. Ellos an-

dan desnudos, hombres y mujeres, como sus padres los parieron, mas crean Vuestras Altezas que entre sí tienen costumbres muy buenas y el rey muy maravilloso estado, de una cierta manera tan continente qu'es plazer de verlo todo, y la memoria que tienen, y todo quieren ver, y preguntan qué es y para qué. Todo esto dice azí el Almirante. [*Diario del primer viaje (1492), lunes 24 de diziembre, en Cristóbal Colón: Textos y documentos completos*, Madrid, Alianza Editorial, 1982, p. 98.]

¿Qué elegiremos de este texto fundacional? ¿El habla dulce, mansa y con risa? Elegiría la curiosidad. “Todo quieren ver, y preguntan qué es y para qué.” Indagar, averiguar: todo es asombro, todo es sorpresa. Con razón América calzó a la maravilla en ese rótulo que traducido significa: no hay tal lugar: Utopía. América, entonces, como la Utopía europea donde los americanos nos preguntamos quiénes somos. El vasto vacío de nuestros inmensos espacios debemos llenarlos con interrogantes. Si primero desaparecieron las tribus indígenas con la catástrofe demográfica, hoy desaparecen los árboles, la Amazonia arrasada. Debemos recordar entonces lo que escribió Ángel Rama:

La conquista española fue una frenética cabalgata por un continente inmenso, atravesando ríos, selvas, montañas, de un espacio cercano a los 10 000 kilómetros, dejando a su paso una ringlera de ciudades prácticamente incomunicadas y aisladas en el inmenso vacío americano, que sólo recorrían aterradas poblaciones indígenas.

Es allí, en esa violenta tensión del mestizaje, donde los criollos se preguntan a su vez quiénes son y a qué cielo tienen derecho. En la retorta de ese in-

menso vacío se iría fraguando otro de los signos clave de nuestra identidad. Como lo dijo uno de los mejores biógrafos de Bolívar, Gerhard Massur:

América fue conquistada antes que descubierta, esclavizada antes que reconocida y reglamentada antes que comprendida. Fue necesario un redescubrimiento —y una nueva perspectiva de este redescubrimiento—, y en él Simón Bolívar desempeñó el papel de Colón.

EL SEGUNDO COLÓN

Al instalar el Congreso de Angostura el 15 de febrero de 1819 dirá el Libertador:

Tengamos presente que nuestro pueblo no es el Europeo, ni el Americano del Norte, que más bien es un compuesto de África y de América, que una emanación de la Europa; pues que hasta la España misma, deja de ser Europa por su sangre africana, sus Instituciones, y por su carácter. Es imposible asignar con propiedad, a qué familia humana pertenecemos. La mayor parte del indígena se ha aniquilado, el Europeo se ha mezclado con el Americano y el Africano, y éste se ha mezclado con el Indio y con el Europeo. Nacidos todos del seno de una misma Madre, nuestros padres diferentes en origen y en sangre, son extranjeros; y todos difieren visiblemente en la epidermis; esta desemejanza trae un reato de la mayor trascendencia [Simón Bolívar, *Escritos políticos*, Bogotá, El Áncora Editores, s. f., p. 59].

La inquisitiva curiosidad que nos asignaba Colón nos lleva ahora a preguntarnos, por boca de Bolívar, a qué familia humana pertenecemos. A la familia occidental, evidentemente. Pero a un extremo, a un borde de la misma, donde el proyecto de la modernidad experimenta modificaciones singulares. Para empezar, la intersección de diferentes temporalidades históricas. El resultado, para situarnos ya en nuestros días, lo formula así García Canclini en su libro *Culturas híbridas* (Sudamericana, 1992):

Los países latinoamericanos son actualmente resultado de la sedimenta-

ción, yuxtaposición y entrecruzamiento de tradiciones indígenas (sobre todo en las áreas mesoamericanas y andinas), del hispanismo colonial católico y de las acciones políticas, educativas y comunicacionales modernas. Pese a los intentos de dar a la cultura de elite un perfil moderno, recluyendo lo indígena y lo colonial en sectores populares, un mestizaje interclasista ha generado formaciones híbridas en todos los estratos sociales. Los impulsos secularizados y renovadores de la modernidad fueron más eficaces en los grupos “cultos”, pero ciertas elites preservan su arraigo en las tradiciones hispánicas y en zonas agrarias, también en tradiciones indígenas, como recursos para justificar privilegios del orden antiguo desafiados por la expansión de la cultura masiva [p. 71].

Pero la mencionada cultura masiva, como el oro de Colón, tampoco parece abrirnos el horizonte de una igualdad posible. Nos embarca, a su vez, en renovadas utopías evasivas. En discursos incitantes para perseguir renovados espejismos. Por ello Roberto Schwarz, desde la perspectiva brasileña, mostraba cómo en los años sesenta Glauber Rocha y el *cinema novo*, la teoría de la dependencia o la obra de Celso Furtado tuvieron la significación internacional que tuvieron no como exotismo propio “de regiones distantes o de sociedades atrasadas”, sino como “un momento significativo del mundo contemporáneo”. Pero estas exploraciones lucidas en los laberintos de nuestra identidad, conjugando “una estética del hambre” (eco, quizás reminiscente, de la célebre *Geografía del hambre* de Josué de Castro) con el vínculo estructural entre el orden económico mundial y las distintas situaciones del subdesarrollo, darían —nueva y letal paradoja— una conciencia más precisa a nuestras gentes de intentar precisamente lo que se les proponía como modelo imposible: la modernidad.

Schwarz explica así los pasos de este contradictorio proceso:

En los años ochenta quedaba claro que el nacionalismo desarrollista se había tornado una idea vacía, o mejor, una idea para la cual no había plata...

El proceso de modernización, con dinamismo propio, largo en el tiempo, con orígenes y fines más o menos tangibles, no se completó y probó ser ilusorio...

El motor de la industrialización patriótica estuvo en la Volkswagen y los esfuerzos de integración de la sociedad brasileña resultaron en un casi *apartheid*...

El desarrollismo liberó a las poblaciones de su encuadramiento antiguo para reencuadrarlas en un proceso a veces titánico de industrialización nacional que, ante las nuevas condiciones de la competencia económica, no pudo continuar. Sin tener ahora dónde volver, estas poblaciones se encuentran en una condición histórica nueva, la de sujetos monetarios sin dinero, o la de ex propietarios virtuales, disponibles para la criminalidad y toda suerte de fanatismos [Roberto Schwarz, “La referencia nacional: ¿olvidarla o criticarla?”, en Josefina Ludner (comp.), *Las culturas de fin de siglo en América Latina*, Buenos Aires, Beatriz Viterbo Editora, 1994, pp. 27-33].

Hemos llegado así, 500 años después, a ser los mismos fantasmas que ya habíamos sido. Si antes era la Corona, en su expansión imperial, la que nos descubría y bautizaba, nombrándonos por vez primera, es ahora el mercado el que nos define como existentes, potenciales consumidores de las nuevas mercancías que se nos ofrecen, llámese televisión, video o computadoras conectadas a la *web*. Recapitulando, a partir de lo que Carlos Monsiváis expresa en su libro *Aires de familia. Cultura y sociedad en América Latina* (Barcelona, Anagrama, 2000), nos vamos quedando con un puñado de elementos constitutivos básicos de esa siempre inaprensible identidad a partir del cuadro de la sociedad colonial y su independencia de España. Serían ellos el idioma español, la religión católica, la familia tribal, la metamorfosis incesante de las costumbres hispánicas, los procesos de consolidación histórica, el autoritarismo y los reflejos condicionados ante la autoridad. Quizás por ello Gabriel García Márquez ha dicho que el único mito auténticamente americano ha sido el del dictador-caudillo-patriarca. Yo, el supremo.

Unidos en aquel entonces por el culto al progreso, los países latinoamericanos parecen encontrar su identidad en la similitud de afinidades, logros y carencias. Monsiváis efectúa la enumeración pertinente:

El aspecto de las ciudades (bellezas naturales y logros arquitectónicos aparte) uniformadas por las prisas de las rentabilidades, las opresiones de la deuda externa, la concentración monstruosa del ingreso, las asimilaciones incesantes de la americanización, los efectos de la economía neoliberal, el papel rector del analfabetismo funcional, los resultados más bien fatídicos de la moda en arquitectura y las artes plásticas, las zonas de arrasamiento ecológico y los niveles de contaminación causados por el capitalismo salvaje, el auge del desempleo y el subempleo, el fracaso de la educación pública y, para el caso, de la educación probada, que sin embargo se compensa por el éxito de sus egresados... Del lado opuesto, se dan procesos culturales a fin de cuentas simultáneos, se desarrolla la sociedad civil (con los derechos humanos en primer plano, hay una genuina internacionalización de la cultura y se liquida gradualmente el sentimiento de lo "periférico" en artes y letras [p. 113].

Estará entonces, por fin, nuestra identidad atrapada en ese abierto y fluente objeto, libro o cuadro, gesto teatral o fugaz imagen en pantalla, que con palabras y formas, con certezas que a su vez son inquisiciones, nos interrogan desde su creativa plenitud artística, en diálogo, en primer lugar, con nuestras colectividades.

Será, en consecuencia, la obra de arte el espejo en donde por fin nos veremos. ¿Nos dará ella conciencia de nuestra diferencia y posibilidad de insertarnos en el mundo que aparentemente le dio origen? Como lo dice la profesora Irlemar Chiampi en su libro *El realismo maravilloso* (Caracas, Monte Ávila Editores, 1983):

Al surgir como fruto de una de las mayores crisis sufridas por la cultura occidental —la que abre el asentamiento de la modernidad— América se convierte en el espacio privilegia-

do para alejar el proyecto europeo de reforma social [p. 128].

La identidad americana, que todos estos enfoques van asediando, desde múltiples flancos, o a veces dando vueltas en redondo del inaprensible motivo, se convierte, desde la perspectiva europea, en el lugar donde era posible empezar de nuevo a realizar una historia que proviniera del hombre y no fuera impuesta por casta, herencia y títulos nobiliarios. Un espacio vacío que poblar con un sueño democrático; el de los hombres que en España y Francia, Inglaterra e Italia, Alemania y Grecia, Líbano y Noruega, huyen de la rigidez jerárquica, del rigor inquisitorial, y del hambre consuetudinaria y deciden darse a sí mismos un destino propio.

Por ello, como concluye la profesora Chiampi: "El mestizaje es el verdadero criterio para postular una diferencia latinoamericana" [p. 154].

Pero ese mestizaje tiene un anverso: la tierra en la cual se da tenía dueño propio. Imperios complejos, tan sanguinarios como refinados. Y curiosamente dueños, por su cosmología, por su filosofía, por su enraizamiento en una tierra propia, de una identidad incuestionable. Leyendas, poemas, mitología y tradiciones hacen que nahuas y mayas, tukanos y arahuacos sean verdaderas culturas que no sólo sobreviven sino que en la selva lacandona, en la costa nicaragüense, en el Ecuador, inciden y determinan en las últimas décadas el destino político de sus países. Los muertos de la catástrofe demográfica indígena, en el momento de la conquista, resucitan bajo nuevas formas y se preguntan, con todos nosotros, lo mismo que se pregunta Carlos Fuentes al recibir el doctorado *honoris causa* en Harvard: "Tuvimos que luchar para ser modernos. Y nos preguntamos si, al cabo, valió la pena hacerlo. La respuesta sería: no valió la pena pero no había más remedio que hacerlo".

Concluamos entonces este marco de reflexión histórica sobre el problema de la identidad latinoamericana situándola dentro de su perenne debate con una modernidad que también cambia al mismo tiempo dentro del horizonte social que la CEPAL trazó para América Latina en 1997: 204 millones de pobres, de los cuales 90 millones son indigentes que viven en la completa miseria. Sin pen-

sarlo, la identidad no viene de la mirada extranjera. Se da en la asunción de la irremediable pobreza y en los desafíos que la coyuntura mundial propone y las respuestas propias que ya el continente sabe dar. Lo explica ampliamente Jesús Martín Barbero en su libro *De los medios a las mediaciones* (Bogotá, Convenio Andrés Bello, 1998):

Se trata de una percepción nueva del problema de la identidad —por más ambiguo y peligroso que el tema parezca hoy— de estos países y del subcontinente. Puesto que la identidad no hace frente únicamente a la homogeneización descarada que viene de lo transnacional, sino aún más: a aquella otra que enmascarada viene de lo nacional en su negación, deformación y desactivación de la pluralidad cultural que constituye a estos países. La nueva percepción del problema de la identidad, en conflicto no sólo con el funcionamiento de lo transnacional, sino con el chantaje en que opera frecuentemente lo nacional, aparece inscrito en el movimiento de profunda transformación de lo político que conduce en las izquierdas latinoamericanas a una concepción ya no meramente táctica, sino estratégica de la democratización, esto es, en cuanto espacio de transformación de lo social.

En los últimos años se abre camino otro proyecto ligado estrechamente al redescubrimiento de lo popular, al nuevo sentido que esa noción cobra hoy: revaloración de las articulaciones y mediaciones de la sociedad civil, sentido social de los conflictos más allá de su formulación y sintetización política y reconocimiento de experiencias colectivas no encuadradas en formas partidarias. Lo que se halla en proceso de cambio es la concepción misma que se tenía de los sujetos políticos [pp. 286-287].

La identidad, aquello que hacemos cada día, en la cultura y en la política, en la memoria y en el olvido, en los ancestros y en los hijos. La identidad ligada a la acción, en el tiempo de nuestras vidas, y desasida del tiempo, en las obras de arte que nos dicen y nos refutan, que nos preguntan y nos responden, más allá de la simple cronología.

La belleza es lo esencial

☞ **Adolfo Castañón**

Algunos hombres tienen un *sí* pequeño y enclenque pero nos sorprenden con el volumen de su *no* que los mantiene sentados o arrimados a la orilla del camino en espera de que un *sí* ajeno los arrastre; a veces esperan años hasta que aparece por fin y entonces se dejan enganchar por ese *sí* poderoso y magnético que los atrae como un imán. Algunas veces llegan a descubrir que el *sí* que los arrastró era en realidad el *no* disfrazado de alguien cuyo *sí* era mucho menor que el de ellos mismos.

* * *

El insomne ve con vengativa envidia al que duerme a pierna suelta. Le cuesta trabajo no despertarlo. Presiente que en ese cuerpo que ronca palpita una fuerza muy superior a cualquiera que él en su alucinada duermevela pudiera imaginar.

* * *

“Torear” las pasiones, las emociones: todo parecería indicar que lo que se entiende por sabiduría o sentido común no es otra cosa que un *laissez faire* animado por la astucia.

* * *

El que no deja pasar una pasión, el que no la torea, la alimenta: probablemente sucumbirá a ella tarde o temprano.

* * *

El ritmo de las generaciones: los pequeños se hacen grandes; los grandes se empequeñecen, no sólo se reducen sus huesos, vuelven también a la infancia antes de desnacer.

* * *

Un común denominador de la humanidad de nuestro tiempo: de la apología de la tortura como razón de Estado, defensa contra el terrorismo a la clonación de seres humanos, al desempleo, la

prostitución infantil, la avidez drogadicta, el escapismo electrónico y las diversas formas de autodestrucción de la especie: asoma el terror ante lo propiamente humano, la necesidad de declinar la responsabilidad de la propia plenitud. La especie humana se ha visto a los ojos ante el espejo pero prefiere mirarse el sexo, los dientes, todo menos esos ojos —los tuyos— que sólo aparecen en la “claridad desierta” de la lectura o la contemplación.

* * *

Cualquiera que haya entrado a un museo de arte antiguo más o menos libre, más o menos desprevenido sabe que eso —la vida, la conciencia de la especie— está ahí, sigue y seguirá ahí.

* * *

Basta hacer un gesto por tercera vez para inscribirlo en las páginas de la eternidad.

* * *

¿De dónde venimos? ¿A dónde vamos? Son preguntas distintas sólo en apariencia. ¿Dónde estamos? ¿Qué está en nosotros? Otras hojas del mismo árbol, otras olas del mismo mar.

* * *

A. sólo se sentía en paz cuando leía o escribía. A veces la música le hacía el mismo efecto: una suerte de ventilación interior.

* * *

El que no guarda silencio, el que no sabe abrir aunque sólo sea un poco las puertas del mundo interior cada día: ése despide espiritual, intelectualmente hablando, mal aliento interior.

* * *

De la misma manera que al que se alcoholiza no le basta lavarse los dientes para no tener aliento alcohólico, no bas-

tan las lecturas para disipar el olor inconfundible que produce la falta de silencio.

* * *

No sabemos cuántos actos de nuestra vida, cuántas palabras dichas o calladas dependen de nuestros sueños.

* * *

Es muy difícil detenerse y, una vez en suspenso, es igualmente difícil ponerse en movimiento al compás del mundo.

* * *

A A. le decían que era poeta; él sólo quería darle respiración de boca a boca al naufrago que llevaba dentro de sí mismo.

* * *

De Quincey habla del contraste desgarrador que existe para quien, envuelto en la luz del verano, sufre una pena: su dolor parece en el ambiente ligero y risueño del verano más irreconciliable con el mundo. Pero, ¿qué decir de las virtudes del alma limpia y entera que abre los ojos en una mañana lluviosa?, ¿qué del júbilo callado del que saluda al invierno inmóvil desde su ventana?

* * *

Un lector, un intérprete del texto no siempre tiene la posibilidad o la disponibilidad de jugar con las diversas interpretaciones que le suscita: el crítico debería aprender del músico, y en especial del intérprete, a jugar mejor con el sentido, a jugarse en él. Habría que empezar por el arte de la cita y de la recitación para seguir a las palabras en su juego y en su intensidad, en su fuerza. Claro: cualquier lector verdadero o que practica la lectura como un arte sabe que el placer del texto proviene de la relectura, del re-encuentro. Así, muchas veces para apreciar mejor a quienes han sido nuestras más gratas compañías nos debemos alejar un poco de ellas. Por amor debemos aprender a descansar incluso

de nuestra propia familia. Aun en la intimidad, en la distancia suele estar la salud.

* * *

La belleza está en lo esencial. La belleza es lo esencial.

* * *

Pagamos impuestos de muchas formas y no sólo al Estado. Cada comida familiar, cada saludo y visita dictado por razones sociales y no por el amor es una forma de impuesto. El sueño, el hambre, los instintos son otras tantas obligaciones ineludibles e impuestas al igual que el trabajo y los quehaceres domésticos, las horas de transporte. Todo está en que sepamos cumplir estas obligaciones gustosa y airoosamente, en que sepamos ventilarlas de tal manera que pierdan peso y gravedad y formen parte no de lo que damos sino de lo que recibimos. Uno de los secretos del arte de vivir está ahí.

* * *

Somos, estamos prisioneros de las palabras y las frases. No tenemos psicología sino fraseología, no alma sino un juego o sintaxis de voces que enredamos y nos rompen y, una vez rotas, volvemos a armar. Los poetas son aquellos que nos hacen sentir la experiencia de la carne o alma viva entre las palabras, del mismo modo que el músico, con los sonidos, interroga y modula el silencio.

* * *

Casi nadie se atreve a hablar en contra del progreso. Damos por sentado que la humanidad entera evoluciona, pero llevamos en nosotros como una llaga que es preciso ocultar el secreto a veces de nuestra falta de evolución, de nuestra incapacidad o falta de deseo para cambiar.

Es curioso en cualquier caso cómo el mundo cambia y a la vez no cambia, varía y se queda quieto. Digo "curioso" pero en realidad esa mezcla de inconstancia y flujo no nos causa la mínima curiosidad. Aplaudimos en público el cambio y el progreso pero secretamente damos gracias por la continuidad, al menos cuando las condiciones materiales son propicias. La ideología del cambio es una fraseología que emana del hambre y del malestar. El que "está bien" lo piensa dos veces antes de ini-

ciar la plegaria por el cambio que de todos modos sobrevendrá.

* * *

Demasiado ruido en torno a la creación de seres ¿humanos? multiplicados o multiplicables por las técnicas biológicas de la clonación. ¿No es ya ahora parte de la raza humana al menos en lo espiritual un clon, un simulacro imitativo de sí misma?

* * *

Desde que tengo memoria oí cada cinco minutos la frase de que hay que cambiar "las ideas antiguas", "las viejas ideas". Es una de las frases más viejas que he escuchado e invariablemente me he preguntado si en verdad sabemos cuáles son esas "viejas ideas": ¿las conocemos? ¿No son precisamente esas ideas las que la gente tiene en la mente cuando protesta diciendo que no hay valores?

* * *

El tema de nuestro tiempo, dice por ahí Ortega, es el de la combinación de lo efímero combustible y lo perdurable trascendente. Nuestra civilización tiene una gruesa cáscara consumible y consumista y un hueso, por oculto, muy duro de roer: la aparatosa inutilidad de lo útil, la falta de interés ético o estético de lo rentable material. A nosotros, los hombres de nuestro tiempo, nos toca invertir de algún modo esa proporción. Y digo hombres —o diría mujeres— pues hace falta no poco valor humano, no poca constancia en nuestro ser más propio en cuanto humanos para encarnar esa combinación. Quiero decir que no es fácil hacerse útil para lo trascendente en nuestra edad al tiempo que hacemos consumible y sacrificable nuestro inmediato interés material humano.

* * *

A veces tengo la impresión de que es preciso bajar ¿subir? peldaños innumerables para poder respirar en calma.

* * *

Un ideal: respirar en la vida contemplativa con la misma intensidad profunda con que respiramos en el sueño.

Una visita demasiado prolongada a nuestros amigos nos puede llenar de

exasperación: ¿cómo es posible amontonar tal cantidad de lugares comunes? ¿Cómo es posible ser tan idiota? Esa idiotez nos exaspera tanto más cuanto que la compartimos y estamos hechos de ella. De ahí que a los amigos que conocemos o creemos conocer demasiado, resulta aconsejable visitarlos, al igual que las familias, sólo una o dos veces al año... sólo el tiempo suficiente para confirmar que siguen siendo los mismos y que en definitiva nos resulta casi imposible comunicarnos con ellos cualquier cosa que no sean chismes de familia, historias privadas y repetidas de otros amigos.

* * *

Todo lo que el ser humano cree tener le ha costado a él o a los otros demasiado caro. El resto —lo esencial— le ha sido dado por añadidura y proviene de quién sabe dónde. A esa incógnita la llamamos "gracia", "don", "destino", "Dios".

* * *

Al igual que en las familias, en la cultura nacional es difícil andar diciendo la verdad, gritar que la hermana está sorda y el tío loco. La crítica literaria sólo existe por una voluntad sacrificial, por un ánimo valiente y generoso que se pregunta. Pero aun ahí la crítica literaria debería preguntarse si no sería mejor ocuparse de otra cosa, de literatura, por ejemplo. La crítica de la cultura nacional, sin embargo, exige al ciudadano que no diga que el tío se puso un calcetín propio y otro ajeno.

* * *

Esos libros pegajosos que no se pueden dejar de leer aunque en el fondo no nos interesen demasiado. Como esas tonadillas que escuchamos en la calle casi sin darnos cuenta y luego nos sorprendemos silbando sin saber por qué, sin ton ni son.



La fórmula hitleriana

☞ **Carl Amery**

► **Capítulo del libro *Auschwitz, ¿comienza en el siglo XXI? Hitler como precursor*, publicado recientemente en la colección Noema del FCE y Turner Publicaciones.**

La gestión del planeta o la globalización de la fórmula hitleriana. ¿De qué factores y elementos se compone la fórmula hitleriana cuando la despojamos de sus falsas magnitudes de cálculo?

LOS FACTORES DE LA FÓRMULA

La primera premisa para su aplicación (o reaplicación) es una situación de crisis que incluya tanto la carestía material como la vivencia de una desorientación existencial.

Esta experiencia de crisis debe suscitar la noción de que no basta para todos (y de que seguramente nunca más bastará).

En tal caso habremos de descartar de raíz toda posibilidad de solucionar la crisis mediante un programa minucioso, pero humanista. El grupo o formación dominante que se sienta llamado a conservar los logros civilizatorios se verá por ello obligado a acometer una selección; ésta anulará lógicamente el carácter intocable de la dignidad humana.

De modo que nuestra primera pregunta reza así: ¿es posible, o probable, una crisis hitleriana en el siglo XXI?

Sí.

EL REGRESO DE LOS DEMONIOS

Hubo un intento precoz de analizar la crisis hitleriana. Se encuentra en una obra aparecida en 1939 en Londres bajo el título *The End of Economic Man* (El fin del hombre económico). Su autor, un

emigrado llamado Peter Drucker (que más tarde alcanzó cierta notoriedad en los Estados Unidos como teórico de la gestión empresarial), escribió la obra en los últimos años de paz. Aún no tenía pruebas de la ofensiva de Hitler contra Europa y por eso no es de extrañar que cayera en el olvido. (Sin embargo, Drucker predijo en su obra el pacto Hitler-Stalin de 1939.)

La idea central de Drucker es la siguiente: la victoria del movimiento hitleriano constituye una respuesta lógica, si bien irracional, al triunfo del capitalismo, que cumplió todas sus promesas y que por lo mismo abocó al desconcierto a porciones cada vez mayores de la humanidad (al menos a aquella parte de la humanidad que custodiaba). Como la economía no es capaz de dirimir el viejo dilema europeo entre libertad e igualdad, como más bien desplaza el valor que el hombre se atribuye hacia su propio puesto en el proceso de producción, ella misma se pone en cuestión en cuanto aparece una de sus depresiones cíclicas. Drucker subraya que la depresión que abarcó los años 1929 a 1933 no fue de ningún modo la más grave, que no trajo consigo mayor dureza que las precedentes, como las del siglo XIX. Lo decisivo de aquella fue más bien que hizo que percibiéramos como nunca antes la indiferencia de los procesos económicos frente al supuesto sujeto, el ciudadano económico. (Uno de los demonios cuyo retorno postula Drucker, se llama "*too old at forty*", demasiado viejo a los 40. Esto nos suena.)

Hitler, según Drucker, trató de empujar la autoconciencia de los perdedores de la modernización sobre bases distintas de las meramente económicas, por ejemplo en su papel de viejos combatientes del movimiento, de dirigentes menores de las SA, etcétera.

Nosotros, niños quemados, herederos de Auschwitz y Treblinka, podríamos añadir: precisamente por su ataque

al economicismo, Hitler restauró un antiquísimo y bárbaro sentimiento de superioridad colectiva, en el que Peter Drucker no se atrevía a pensar aún en 1939.

Pero en el instante en que resucitó esa vieja fórmula bárbara, la fórmula de la superioridad natural de la propia horda que pone a los únicos dignos del epíteto de humanos frente a un universo de extranjeros ante los que sólo cabe la sospecha o la misericordia, en ese instante ya se preparaba la respuesta a otra pregunta que afecta mucho más directamente a los humanos y su cotidianeidad: *¿Hay recursos para todos? ¿Hay bastante para garantizar la libertad general frente al temor y la miseria?*

EL FIN DE LA MORATORIA, LA CRISIS DEL FIN DE SIGLO

Bien, y en este recodo de la amplia espiral de la evolución histórica nos encontramos con un terreno crítico muy similar.

Es evidente que la fórmula jeffersoniana del des preocupado usufructo de las generaciones actuales ya no nos lleva por buen camino, más bien que ya no hay camino. Nos encontramos ya en medio de un proceso de selección acometido por la reina de toda sabiduría contra nuestra especie. El suelo fértil es cada vez más escaso, en los Estados del bienestar se entierran diariamente bajo hormigón terrenos que equivalen a varios estadios de fútbol, los océanos han sido esquilados, cada día desaparecen varias decenas de plantas y especies animales. El Sahara avanza incontenible hacia el sur, los suelos deforestados del Tigray etíope, de Corea del Norte, de Madagascar, desaparecen o los arrastran las corrientes. En los, poco tropicales ya, bosques de Brasil y del sur asiático campan los incendios, que atizan los fuegos para el desmonte, y los últimos majestuosos bosques altos de Canadá y de Norte-



américa proveen de celulosa a una enloquecida industria del embalaje y a periódicos que no dejan de engordar.

EL SISTEMA ECONÓMICO COMO ALIADO DEL DESIERTO

Es fácil ver que la crisis de la biosfera es al mismo tiempo (y sobre todo) una crisis cultural. El modo en que tratamos al planeta al menos la agudiza y la acelera. El sector "más progresista" de la humanidad aprueba un sistema económico (o se ve arrastrado por él) que contradice el principio básico de todos los sistemas vivos: la sintropía, es decir, el mejor aprovechamiento posible de la energía solar, que afluye constantemente a nuestro planeta. Este sistema económico es por tanto un aliado del desierto, y el estado final en el que desembocará su actividad roturadora será un mundo hecho de desechos, basura y veneno. Ninguna atrevida charla sobre la innovación, la era de la comunicación o instancias similares podrá modificar un ápice este patrón básico de nuestra actividad económica. Lo único que podrá hacer es atarnos aún más a nuestras ideas preconcebidas de lo que es el "progreso" mediante ofertas siempre renovadas de virtualidad y que resulte menos fácil reconocer el peligro que corre nuestra especie en ese mundo en vías de extinción, peligro que palidecerá en un mundo virtual programado por nosotros. Este mundo artificial, enajenado de toda producción auténtica, ya

pasa hoy en el discurso político y social por la realidad decisiva. Quien hoy se llame "realista" quiere decir con ello que hace tiempo que ha desaparecido en ese mundo de repuesto, que ha cerrado tras de sí la puerta que conduce a la realidad de la biosfera y que le importan un comino sus peligros mortales, y posiblemente ya ni es capaz de concebirlos. Y la cuestión de la base de la vida, es decir, la cuestión mortal, hace tiempo que desapareció también de las campañas electorales, de los debates parlamentarios y de los suplementos literarios.

Esto se ha visto reforzado por dos factores adicionales. En primer lugar, con el colapso del socialismo real ha surgido un perfil de crisis anticuado: los demonios de Peter Drucker han regresado. Seguramente nunca tantas personas se han sentido tan superfluas como hoy.

Y, segundo, gracias al factor productivo llamado ciencia, el mundo de la economía y de las finanzas no sólo se ha liberado plenamente de esa responsabilidad biosférica, sino de toda responsabilidad humana, y ahora orbita, encandilado, en torno al sol de los beneficios. La política, en la medida en que aún reflexiona, no es capaz ya de ocuparse de las previsiones de futuro a largo plazo; salta desesperada de un témpano de hielo a otro, atrapada en el mejor de los casos en la ilusión de que para asegurarse la necesaria mayoría hará falta algún vínculo histórico con el espíritu de los tiempos, lo que creará una posibilidad de futuro.

LAS ELITES SON LAS ÚLTIMAS EN PERCIBIRLO

Lamentablemente, pero con toda lógica, las llamadas elites, embriagadas por el DAX*, el aumento de la incidencia del cáncer y otros juegos de *status*, son las últimas en enterarse de lo que ocurre en esta casa nuestra, la biosfera. Basta escuchar las fanfarrias con que los neocaníbales de la desregulación atruenan al mundo desde sus cimas semánticas. Se atreven a proponer sin más que se les suministre aún más dinero y más libertad de corsario a los que se están comiendo el mundo, para que se lo puedan comer más deprisa; pues esto y sólo esto crea más puestos de trabajo, siendo desde luego irrelevante qué se produzca de bello, super-

fluo o incluso asesino en tales puestos de trabajo. Sin duda, la productividad de una hora de trabajo ha llegado entre tanto a ser tan alta (y la innovación la aumentará aún más), que un único puesto de trabajo cuesta millones, y resulta que en la ceremoniosa apertura de una planta química gigante en el apesadumbrado Este, el canciller federal debe correr 200 metros por salas vacías para dar con un operario de mono azul y casco con el que hacerse la foto.

Ese "residuo del bienestar", según la definición de un alto encargado suizo, ese 80% de la población que no tiene ninguna posibilidad de acceder a esos puestos millonarios, vota luego a la extrema derecha y mata a palos a los extranjeros. Contra esto no hay receta, como contra el recalentamiento del planeta, pero ya que no podemos alterar el rumbo del *Titanic*, arreglemos al menos un poco su banda musical.

Lo que resulta de esa ceguera de las elites, o lo que más bien no resulta, puede verse con enorme claridad en la última cumbre sobre el clima de Kioto. Allí hubo una pequeña fracción del poder financiero que apoyó los argumentos sobre la biosfera presentados por las organizaciones no gubernamentales (ONG): se trata de las aseguradoras. Éstas se ven directamente afectadas por el aumento de las tormentas e inundaciones: o bien tendrán que aumentar drásticamente las primas, o excluir de raíz de sus coberturas a regiones enteras y clases de objetos. (En Alemania los ecologistas activos saben que el Rück muni-qué, una de las mayores empresas de su ramo, mantiene a un equipo medioambiental muy competente.)

Contra esos peligrosos esclarecedores se alzaron los batallones de los grupos de presión, sobre todo los del petróleo y la industria automovilística, y la potencia hegemónica de los Estados Unidos, cuya opinión pública está profundamente envenenada por los monopolios y sus aliados, los republicanos. El resultado ya se conoce: ya no cabe hablar de una acción realista, aunque sólo sea tentativa, para evitar o al menos desacelerar la catástrofe climática. Lo que quedó fue un poco de chaloneo con las reducciones de emisiones, y fue precisamente Al Gore el que las anunció, príncipe heredero de los demócratas para el 2000, que en una ocasión escribió un li-

bro muy reflexivo sobre el equilibrio de la tierra. Ahora se somete, y encima empleando el tono altisonante de la convicción, pues ¿de dónde han de salir en dos años los dineros de la campaña electoral?

LOS BÁRBAROS, POR AHORA

Mientras las elites del mundo de bienestar no noten nada (o no quieran notar nada), la fórmula hitleriana de la alternancia de los pueblos dominantes queda en manos de un mundo de bárbaros, un mundo que se barbariza más de año en año.

No hay más que hacer una lista de las regiones del mundo que en el transcurso de la última generación han perdido su naturaleza de Estado, que la han perdido enteramente o que son rehenes de la guerrilla o la contraguerrilla. La lista va de la A, de Afganistán, a la Z, de Zaire. Durante la Guerra Fría al menos cabía clasificar estos conflictos según los criterios del partidismo ideológico; desde que se terminó, el proceso no se ha calmado, sino más bien se ha acelerado. Esto comienza delante de la puerta de nuestra casa, en Yugoslavia, y no termina en el Cáucaso, en el lago Victoria o en Chiapas. Y en todos estos lugares encontraremos al menos en uno de los bandos en conflicto, si no en ambos, la implícita veneración de la fórmula hitleriana: tenemos razón porque somos los mejores, porque somos los auténticos humanos, mientras que, por sus evidentes síntomas de minusvalía, nuestros enemigos se caracterizan como subhombres o no hombres. (Basta recordar el palabrerío inflado de historia, y lamentablemente también de religión, de los formadores de opinión serbios, y también el de los croatas durante los años más sangrientos.)

Como prueba la durabilidad de muchos de estos conflictos, esto puede ir bien mucho tiempo, es decir, muy mal; sobre todo cuando hay amplios intereses económicos en juego. Tanto en Chechenia como en Irak lo que está en juego es el petróleo, e incluso los medievales talibanes de Afganistán son meros peones en el juego por el acceso a los recursos de Asia Central. Todo esto sigue siendo filosofía de la explotación a corto y mediano plazo; el aliento largo lo dan allí los grandes institutos internacionales

flanqueados por las potencias del comercio.

THE WHITE MAN'S BURDEN

El bullir de este bárbaro caldo de cultivo ancestral, aunque esté más o menos inspirado en el nazismo, no satisface los criterios decisivos para la aplicación de la fórmula hitleriana.

Dichos criterios son los siguientes:

1. La comprensión de la historia como historia natural,
2. la constatación de que no hay recursos para todos, y
3. la asunción de la responsabilidad de la decisión de quién ha de intervenir, y cómo, en la gestión de los recursos cada vez más escasos del planeta y, con ello, en el futuro de la humanidad.

Cabría imaginar que reinos con miles de millones de habitantes, como China o la India, estarían dispuestos en un futuro muy lejano a asumir dicha responsabilidad (quizás antes la India que China, porque desde los desoladores tiempos de Indira Gandhi no ha vuelto a hacer ningún intento de controlar el crecimiento de su población). Debido a la esencial falsedad de los dirigentes políticos, no será fácil constatar si, y cuándo y con qué pretextos, se adopta tal decisión en favor de la agresión planetaria.

La historia de la civilización en su sentido más amplio permite sin embargo suponer que los líderes de opinión mundial de las próximas décadas seguirán perteneciendo a las naciones del bienestar del círculo atlántico europeo. A éste pertenece en primera línea la última superpotencia, los Estados Unidos. Desde este círculo se quiso formar, a partir de la gran moratoria de 1945, el escaso gobierno mundial que conocemos: las agencias de las Naciones Unidas, el Banco Mundial, el Fondo Monetario Internacional, y la OMC, la Organización Mundial del Comercio.

Desde el fin oficial del colonialismo, sustituido por formas de gobierno mucho más cómodas, ha surgido en la cambiante jungla de proyectos de todo tipo, cuyos beneficiarios y sufridores casi siempre han sido los más pobres, una

nueva "cultura Sabih" internacional que ha revivido las imágenes más nobles del "fardo del hombre blanco" de Kipling (servicio en el exilio, educación de un Tercer Mundo protestón: "medio niños, medio diablos") y con ello también su racismo explícito o encubierto, que llega hasta la caricatura. Los impulsos más satisfactorios para esta evolución procedieron y siguen procediendo del norte de Europa: no es casual que el primer secretario general de las Naciones Unidas se llamase Hammarsköld. Aquí hubo y hay un verdadero idealismo; que su fuelle sea la mala conciencia del Estado de bienestar no necesariamente ha de ser una desventaja. Pero forma parte de la problemática de la segunda mitad del siglo que el trabajo verdaderamente desinteresado (y también satisfactorio) pudiera y pueda crear y ahondar dependencias destructivas en los inmensos campos de la pobreza. "Ayuda para la autoayuda", el famoso ejemplo de los hambrientos a los que no se les da un pescado, sino que se les enseña a pescar: una y otra vez se atisba detrás la represiva tolerancia patriarcal de un mundo de sabihondos. Sabihondos muy cualificados y sin duda cargados de buenas intenciones.

* Índice bursátil alemán.

Traducción de Cristina García Ohlrich



Reflexiones sobre la filosofía del hitlerismo

☞ **Emmanuel Levinas**

► Capítulo de *Algunas reflexiones sobre la filosofía del hitlerismo / El mal elemental*, de Emmanuel Levinas y Miguel Abensour, libro de reciente publicación en nuestra filial argentina dentro de la Colección Popular.

La filosofía de Hitler es primaria. Pero las potencias primitivas que se consuman en ella hacen que la fraseología miserable se manifieste bajo el empuje de una fuerza elemental. Despiertan la nostalgia secreta del alma alemana. Más que un contagio o una locura, el hitlerismo es un despertar de sentimientos elementales.

Pero desde entonces, terriblemente peligroso, el hitlerismo se vuelve interesante en términos filosóficos. Pues los sentimientos elementales entrañan una filosofía. Expresan la actitud primera de un alma frente al conjunto de lo real y a su propio destino. Predeterminan o prefiguran el sentido de la aventura que el alma correrá en el mundo.

La filosofía del hitlerismo rebasa de este modo la filosofía de los hitlerianos. Pone en cuestión los principios mismos de toda una civilización. El conflicto no se dirime sólo entre el liberalismo y el hitlerismo. El propio cristianismo está amenazado pese a los privilegios o concordatos de los que sacan provecho las iglesias cristianas con el advenimiento del régimen.

Pero no basta con diferenciar, como ciertos periodistas, el universalismo cristiano del particularismo racista: una contradicción lógica no puede dar cuenta de un acontecimiento concreto. La significación de una contradicción lógica que opone dos corrientes de ideas sólo se manifiesta plenamente si se la remonta a su fuente, a la intuición, a la decisión originaria. Es con este espíritu que

vamos a exponer las siguientes reflexiones.

I

Las libertades políticas no agotan el contenido de aquel espíritu de libertad que, para la civilización europea, implica una concepción del destino humano. Dicha concepción es el sentimiento de la libertad absoluta del hombre respecto del mundo y de las posibilidades que requieren su acción. El hombre se renueva eternamente ante el universo. Hablando en términos absolutos, no tiene historia.

Pues la historia es la limitación más profunda, la limitación fundamental. El tiempo, condición de la existencia humana, es sobre todo condición de lo irreparable. El hecho consumado, arrebatado por un presente que huye, escapa definitivamente al dominio del hombre, pero pesa sobre su destino. Tras la melancolía del eterno fluir de las cosas, del ilusorio presente de Heráclito, está la tragedia de la inamovilidad de un pasado imborrable que condena la iniciativa a no ser más que una continuación. La verdadera libertad, el verdadero comienzo exigiría un verdadero presente que, siempre en el apogeo del destino, recomience eternamente esa libertad.

El judaísmo trae este mensaje magnífico. El remordimiento —expresión dolorosa de la impotencia radical de reparar lo irreparable— anuncia el arrepentimiento generador del perdón que repara. El hombre encuentra en el presente con qué modificar el pasado, cómo borrarlo. El tiempo pierde su irreversibilidad misma. Se postra nervioso a los pies del hombre como un animal herido. Y lo libera.

El sentimiento humillante de la impotencia natural del hombre ante el tiempo engendra todo lo trágico de la *Moirá* griega, toda la agudeza de la idea de pecado y toda la grandeza de la rebelión del cristianismo. A los Átridas que

se debaten bajo la opresión de un pasado extranjero y brutal como una maldición, el cristianismo opone un drama místico. La Cruz libera; y esta liberación es de cada día por la Eucaristía que triunfa sobre el tiempo. La salvación que el cristianismo quiere aportar vale por la promesa de recomenzar lo definitivo, que es fruto del correr de los instantes, por la promesa de superar la contradicción absoluta de un pasado subordinado al presente, de un pasado siempre en juego, siempre vuelto a poner en cuestión.

De ahí que el cristianismo proclame la libertad, de ahí que la haga posible en toda su plenitud. No sólo la elección del destino es libre. La elección hecha no se transforma en una cadena. El hombre conserva la posibilidad —sobrenatural, claro, pero a la mano, pero concreta— de rescindir el contrato por el cual libremente se ha comprometido. Puede recobrar a cada instante la desnudez de los primeros días de la creación. La reconquista no es fácil. Puede fracasar. No es el efecto del caprichoso decreto de una voluntad inmersa en un mundo arbitrario. Pero la profundidad del esfuerzo exigido únicamente mide la gravedad del obstáculo y subraya la originalidad del nuevo orden prometido y realizado, que triunfa desgarrando los lechos profundos de la existencia natural.

Esta libertad infinita con respecto a toda atadura —por la cual, en suma, ninguna atadura es definitiva— está en la base de la nación cristiana del alma. Al seguir siendo la realidad supremamente concreta, al expresar el fondo último del individuo, tiene la austera pureza de un hálito trascendente. A través de las vicisitudes de la historia real del mundo, el poder de renovación da al alma una naturaleza nouménica, al abrigo de los ataques de un mundo donde entretanto el hombre concreto está instalado. La paradoja no es más que aparente. El desapego del alma no es una abstrac-

ción, sino un poder concreto y positivo de desligarse, de abstraerse. La dignidad igual de todas las almas, independientemente de la condición material o social de las personas, no deriva de una teoría que afirme, bajo las diferencias individuales, una analogía de "constitución psicológica". Procede del poder dado al alma de liberarse de lo que ha sido, de todo lo que la ha ligado, de todo lo que la ha comprometido, para recuperar su virginidad primera.

Si el liberalismo de los últimos siglos escamotea el aspecto dramático de esta liberación, conserva de él un elemento esencial bajo la forma de la libertad soberana de la razón. Todo el pensamiento filosófico y político de los tiempos modernos tiende a colocar el espíritu humano en un plano superior al real, cava un abismo entre el hombre y el mundo. Al hacer imposible la aplicación de las categorías del mundo físico al mundo espiritual de la razón, coloca el fondo último del espíritu fuera del mundo brutal y de la historia implacable de la existencia concreta. Reemplaza el mundo ciego del sentido común con el mundo reconstruido por la filosofía idealista, bañado de razón y sometido a la razón. En vez de liberación por la gracia, hay autonomía, pero el *leitmotiv* judeocristiano de la libertad la penetra.

Los escritores franceses del siglo XVIII, precursores de la ideología democrática y de la Declaración de los Derechos del Hombre, han confesado, pese a su materialismo, el sentimiento de una razón que exorciza la materia física, psicológica y social. La luz de la razón basta para ahuyentar las sombras de lo irracional. ¿Qué queda del materialismo cuando la materia está totalmente penetrada de razón?

El hombre del mundo liberal no elige su destino bajo el peso de una historia. No conoce sus posibilidades como poderes inquietos que bullen en él y que lo orientan ya por una vía determinada. Éstas sólo son para él posibilidades lógicas que se ofrecen a una serena razón que elige guardando eternamente las distancias.

II

El marxismo, por primera vez en la historia occidental, impugna esta concepción del hombre.

Mina 1004

 **Jeannette Clariond**

**Arder, yo vi a mi abuela arder.
Agosto, Chihuahua, 1956. Ella ardió,
su fuera y su dentro, ardió en la calle Mina diez cero cuatro.
Vi a mi padre envolverla en una sábana, el colchón ardía;
las cortinas, la alfombra, su vestido
ennegrecieron. Todo lo recogió.
"No hagan ruido, su madre está cansada."
Lo vi salir de luto esa tarde de agosto con su corbata negra.
La recogió, cenizas y llanto recogió.**

**El humo de la abuela
en el zaguán, mientras las tías
sorbían los asientos del café.**

**Había que borrar lo oscuro que dolía,
disolver la sal que es llanto,
abrazarse y sofocar el temblor del viaje.
Escuchar a Paul Anka y en la falta de pulso
rayar el disco de 45 revoluciones por minuto.
Por minutos vivía, por minutos el
cansancio del naranja sobre las frondas de los álamos.
Pero luego, bajo el vidrio en el cedro
vi perderse el rostro abrasado por el humo.**

**Ella, mi madre, también ardió. En lágrimas su sonrisa apagada:
"Arréglame el pelo", me dijo, "déjame salir
a ver si ya está seca la ropa".**

**Tuve miedo que sus pasos lentos no volvieran.
La tersura de la hoja la muerte carcomía,
el reseco peso de la hiedra se desprendía del muro,
y el florero en la cocina sin flores.
Encerrada en su cuarto, con su muerte, y yo
con el filtrarse el viento
que se llevaba el polvo de los sicomoros.**

El espíritu humano ya no se presenta para el marxismo como la pura libertad, como el alma que se eleva por encima de toda atadura; ya no es la pura razón que forma parte de un reino de los fines. El espíritu es presa de necesidades materiales. Pero a merced de una materia y de una sociedad que ya no obedece a la varita mágica de la razón, su existencia concreta y avasallada tiene más importancia, más peso que la impotente razón. La lucha que preexiste a la inteligencia le impone decisiones que ésta no había tomado en cuenta. “El ser determina la conciencia.” La ciencia, la moral, la estética, no son moral, ciencia ni estética en sí, sino que traducen a cada momento la oposición fundamental de las civilizaciones burguesa y proletaria.

El espíritu de la concepción tradicional pierde aquel poder de desatar todos los lazos, del que ha estado siempre tan seguro. Choca contra montañas que ninguna fe, por sí misma, puede mover. La libertad absoluta, aquella que realiza milagros, se halla desterrada, por primera vez, de la constitución del espíritu. De ahí que el marxismo se oponga no sólo al cristianismo, sino a todo el liberalismo idealista para que “el ser no determine la conciencia”, sino la conciencia o la razón determine el ser.

De ahí que el marxismo marche a contrapelo de la cultura europea o que, al menos, quiebre la curva armoniosa de su desarrollo.

III

Sin embargo, esta ruptura con el liberalismo no es definitiva. El marxismo es consciente de continuar, en cierto sentido, las tradiciones de 1789, y el jacobinismo parece inspirar en gran medida a los revolucionarios marxistas. Pero, sobre todo, si la intuición fundamental del marxismo consiste en percibir el espíritu en una relación inevitable con una situación determinada, este encadenamiento no tiene nada de radical. La conciencia individual determinada por el ser no es tan impotente como para no conservar —en principio al menos— el poder de romper el encantamiento social que aparece desde entonces como extraño a su esencia. Tomar conciencia de la situación social es para el propio Marx liberarse del fatalismo que ésta comporta.

Una concepción verdaderamente opuesta a la noción europea del hombre sería posible sólo si la situación social a la cual éste se encuentra engarzado, más que un añadido, constituyera el fondo mismo de su ser. Exigencia paradójica que la experiencia de nuestro cuerpo parece realizar.

¿Qué es, según la interpretación tradicional, tener un cuerpo? Es soportarlo como un objeto del mundo exterior. A Sócrates le pesa como las cadenas que carga el filósofo en la prisión de Atenas; lo encierra como la tumba misma que lo aguarda. El cuerpo es el obstáculo. Quiebra el impulso libre del espíritu, lo trae de nuevo a las condiciones terrenas, pero, como un obstáculo, debe ser sobrellevado.

Es este sentimiento de la eterna extrañeza del cuerpo respecto de nosotros el que ha alimentado al cristianismo y al liberalismo moderno. Es este sentimiento el que ha persistido a través de todas las variantes de la ética y pese a la decadencia sufrida por el ideal ascético desde el Renacimiento. Si los materialistas confundían el yo con el cuerpo, era al precio de una negación para y simple del espíritu. Situaban el cuerpo en la naturaleza, no le acordaban un rango excepcional en el Universo.

Ahora bien, el cuerpo no es sólo el eterno extranjero. La interpretación clásica relega a un nivel inferior y considera como una etapa que debe superarse el sentimiento de identidad entre nuestro cuerpo y nosotros mismos que ciertas circunstancias tornan particularmente agudo. El cuerpo no es sólo más próximo y más familiar que el resto del mundo, no ejerce sólo dominio sobre nuestra vida psicológica, nuestro humor y nuestra actividad. Más allá de estas constataciones banales, está el sentimiento de identidad. ¿No nos afirmamos en este calor único de nuestro cuerpo mucho antes del despliegue del yo que pretenderá diferenciarse de él? ¿No resisten a toda prueba aquellos lazos que, mucho antes de la eclosión de la inteligencia, la sangre establece? Al encarar un peligroso desafío deportivo, en un arriesgado ejercicio en que los gestos alcanzan una perfección casi abstracta bajo el aliento de la muerte, todo dualismo entre el yo y el cuerpo debe desaparecer. Y en la inclemencia del dolor físico, ¿no experimenta el enfermo la simplicidad indivisible de su ser cuando da vueltas en su

lecho de convaleciente para encontrar una posición que lo alivie?

Se dirá que el análisis revela en el dolor la oposición del espíritu a ese dolor, una rebelión, un rechazo a que siga allí y, en consecuencia, una tentativa de superarlo: ¿pero acaso esta tentativa no es caracterizada desde ahora mismo como desesperada? ¿El espíritu que se rebela no permanece encerrado en el dolor, ineluctablemente? ¿Y no es esa desesperación la que constituye el fondo mismo del dolor?

Junto a la interpretación dada por el pensamiento tradicional de Occidente a esos hechos, que llama brutos y groseros y que sabe reducir, puede subsistir el sentimiento de su originalidad irreductible y el deseo de mantener su pureza. Habría en el dolor físico una posición absoluta.

El cuerpo no es sólo un accidente desgraciado o feliz que nos pone en relación con el mundo implacable de la materia: *su adherencia al yo vale por sí misma*. Es una adherencia de la cual *no se escapa* y que ninguna metáfora podría confundir con la presencia de un objeto exterior; es una unión a la cual nada podría alterar el gusto trágico por lo definitivo.

Este sentimiento de identidad entre el yo y el cuerpo —que, por supuesto, no tiene nada en común con el materialismo popular— no permitirá pues jamás a aquellos que quieran partir de él encontrar, en el fondo de esa unidad, la dualidad de un espíritu libre que se debate contra el cuerpo al que habría sido engarzado. Para ellos, al contrario, toda la esencia del espíritu consiste en este encadenamiento. Separarlo de las formas concretas con las que desde ahora mismo se halla comprometido es traicionar la originalidad del sentimiento mismo del que conviene partir.

La importancia atribuida a este sentimiento del cuerpo, con el que el espíritu occidental nunca ha querido conformarse, está en la base de una nueva concepción del hombre. Lo biológico, con todo lo que comporta de fatalidad, se vuelve algo más que un *objeto* de la vida espiritual, se vuelve el corazón. Las misteriosas voces de la sangre, los llamados de la herencia y del pasado a los que el cuerpo sirve de enigmático vehículo, terminan perdiendo su naturaleza de problemas sometidos a la solución de un

yo soberanamente libre. El yo no aporta más que las incógnitas para resolver estos problemas. Está constituido por ellos. La esencia del hombre no está en la libertad, sino en una especie de encadenamiento. Ser verdaderamente uno mismo no es echar a volar de nuevo por encima de las contingencias, extrañas siempre a la libertad del yo; es, al contrario, tomar conciencia del encadenamiento original ineluctable, único, a nuestro cuerpo; es, sobre todo, aceptar este encadenamiento.

Desde entonces, toda estructura social que anuncia una liberación con respecto al cuerpo y que no lo compromete se vuelve sospechosa como una deslealtad, como una traición. Las formas de la sociedad moderna fundadas sobre el acuerdo de voluntades libres no parecerán sólo frágiles e inconsistentes, sino falsas y mentirosas. La asimilación de los espíritus pierde la grandeza del triunfo del espíritu sobre el cuerpo. Se vuelve obra de falsarios. Una sociedad de base consanguínea resulta de esta concretización del espíritu. Y entonces, si la raza no existe, ¡hay que inventarla!

Este ideal del hombre y de la sociedad está acompañado de un nuevo ideal de pensamiento y de verdad.

Lo que caracteriza la estructura del pensamiento y de la verdad en el mundo occidental —lo hemos subrayado— es la distancia que separa inicialmente al hombre del mundo de ideas en el que escogerá su verdad. Está libre y solo frente al mundo. Está libre al punto de poder no franquear esta distancia, de no efectuar la elección. El escepticismo es una posibilidad fundamental del espíritu occidental. Pero una vez franqueada la distancia y conquistada la verdad, el hombre no deja de mantener su libertad. El hombre puede reconquistarse y retornar sobre su elección. En la afirmación incuba ya la negación futura. Esta libertad constituye toda la dignidad del pensamiento, pero entraña también el peligro. En el intervalo que separa al hombre de la idea se desliza la mentira.

El pensamiento se vuelve juego. El hombre se complace en su libertad y no se compromete definitivamente con ninguna verdad. Transforma su poder de dudar en falta de convicción. No atarse a una verdad se convierte para él en no arriesgar su persona en la creación de valores espirituales. La sinceridad,

tornada imposible, pone fin a todo heroísmo. La civilización es invadida por todo lo que no es auténtico, por lo sucedáneo puesto al servicio de los intereses y de la moda.

Una sociedad que pierde el contacto vivo con su propio ideal de libertad para aceptar las formas degeneradas y que, al no ver lo que este ideal exige por esfuerzo, se regocija en lo que aporta de comodidad; una sociedad en semejante estado recibe el ideal germánico del hombre como una promesa de sinceridad y de autenticidad. El hombre ya no se encuentra ante un mundo de ideas en el que, mediante una decisión soberana de la razón libre, puede elegir su verdad para sí; de ahora en adelante, se halla ligado sólo a algunas de ellas, como se halla ligado por su nacimiento a todos aquellos que son de su sangre. No puede jugar con la idea porque, salida de su ser concreto, anclada en su carne y en su sangre, ésta conserva su seriedad.

Encadenado a su cuerpo, el hombre se ve rechazando el poder de escapar de sí mismo. La verdad ya no es para él la contemplación de un espectáculo extraño; ésta consiste en un drama en el que el hombre mismo es el actor. Es bajo el peso de toda su existencia —que comporta datos sobre los cuales ya no tenemos que volver— que el hombre dirá su sí o su no.

¿Pero a qué obliga esta sinceridad? Toda asimilación racional o comunión mística entre espíritus que no se apoya sobre una comunidad de sangre es sospechosa. Y, sin embargo, el nuevo tipo de verdad no puede renunciar a la naturaleza formal de la verdad ni dejar de ser universal. La verdad, por más que sea mi verdad en el sentido más fuerte de este posesivo, debe tender a la creación de un mundo nuevo. Zaratustra no se conforma con su transfiguración: baja de la montaña y aporta un evangelio. ¿De qué modo la universalidad es compatible con el racismo? Tiene que haber entonces —y está en la lógica de la inspiración primera del racismo— una modificación fundamental de la idea misma de universalidad. *Debe hacer lugar a la idea de expansión*, porque la expansión de una fuerza presenta una estructura totalmente distinta de la propagación de una idea.

La idea que se propaga se aparta esencialmente de su punto de partida.

Se transforma, pese al acento único que le comunica su creador, en patrimonio común. Es fundamentalmente anónima. Aquel que la acepta se vuelve su amo tanto como aquel que la propone. La propagación de una idea crea de este modo una comunidad de “amos”: es un proceso de igualación. Convertir o persuadir es crearse pares. La universalidad de un orden en la sociedad occidental refleja siempre esta universalidad de la verdad.

Pero la fuerza se caracteriza por otro tipo de propagación. Aquel que la ejerce no se aparta de ella. La fuerza no se pierde entre aquellos que la experimentan. Está ligada a la personalidad o a la sociedad que la ejerce, las amplía subordinándoles el resto. Aquí el orden universal no se establece como corolario de la expansión ideológica: es esta expansión misma la que constituye la unidad de un mundo de amos y de esclavos. La voluntad de poder de Nietzsche que la Alemania moderna recupera y glorifica no es sólo un nuevo ideal; es un ideal que aporta al mismo tiempo su forma propia de universalización: la guerra, la conquista.

Pero nos encontramos aquí con verdades muy conocidas. Hemos intentado relacionarlas con un principio fundamental. Tal vez hayamos conseguido mostrar que el racismo no se opone sólo a tal o cual punto particular de la cultura cristiana y liberal. No es tal o cual dogma de democracia, de parlamentarismo, de régimen dictatorial o de política religiosa lo que está en juego. Es la humanidad misma del hombre.

Traducción de Ricardo Ibarlucía



Albita y Charli

 **Hugo Hiriart**

Albita rojo y Charli Roces ya no están aquí, se fueron de entre nosotros. Ésa es mi creencia: que ellos están, pero no aquí; y no puedo concebir que ya no estén, que se hayan disuelto. No hay cosa alguna que pueda aniquilarse por completo, desaparecer, hacerse nada, mucho menos, creo, una persona humana. ¿Adónde se fueron y cómo? No tengo la menor idea, pero tengo la certidumbre de que, al dejarnos, ellos dos, de algún modo y aunque parezca muy extraño, nacieron para la eternidad y ahí vive su nueva e inimaginable existencia. Pienso también que soy afortunado al poder creer esto.

Nos quedamos solos sin ellos, nosotros, los vivos; solos e incompletos, nos hace falta Albita, nos hace falta Charli. Y cuánta falta nos hacen.

Su ausencia es como un naufragio: del esplendor de su presencia, de esa inmensa riqueza de detalles, ¿qué hemos podido salvar?

Sobreviven en la memoria. Cada recuerdo suyo es ahora un tesoro delicado de indescriptible valor. La palabra “recordar” viene de “cor”, corazón, y dice “volver a pasar por el corazón”. No por el cerebro, por el corazón.

Todos los recuerdos, con independencia de su peso o trivialidad, son ahora igualmente pertinentes y entrañables.

Viene a mi mente algo, al azar. Voy caminando con Charli en la calle, quiero bromear y le digo, solemne:

—Perdón, Charli, creo que te estoy faltando al respeto, ese respeto y consideración que debemos a las personas que son mayores que nosotros.

Charli finge de inmediato gran indignación y responde:

—Eso nunca, no voy a aceptar jamás que yo soy mayor que tú.

Charli tenía horror a envejecer.

La risa de Charli Roces. Esa risa fresca, divertida, alegre, pero no basta o grosera, todos los que lo conocimos sabemos que

Charli era en todo muy fino. Una persona matizada, de discernimiento refinado. Tal vez por eso había hecho de la modestia una obra de arte. No había en él asomo de ostentación o de brutalidad, de seguro porque en toda ostentación hay algo de brutalidad, sino tersura, tersura crítica, tersura inteligente, sin duda. Como toda persona fina, era en extremo civilizado. Y era delicioso estar en su compañía.

En Albita, lo recuerdo, había no sé qué perfección clásica: las capacidades dispares armonizaban en ella. Podía ser, por ejemplo, cordial sin perder espíritu crítico, podía ser severa sin ser intolerante o sincera sin ser ofensiva, porque todo en ella armonizaba y cobraba claridad y salud.

Alguna vez escuché a Fernando Benítez, tan amigo de Vicente y Albita, decir “Vicente Rojo es un guerrero”, y pensé “qué cosa tan rara es que de una persona de trato tan esmerado y tan poco dado a los aspavientos de la belicosidad, como Vicente, se pueda decir que es un guerrero, y que sea cierto”. Y es verdad, porque lo que expresaba Benítez, que puede aplicarse también a Albita, es que Vicente, como los grandes estoicos, había logrado la hegemonía entera de sí mismo. Albita y Vicente son guerreros en la lucha con ellos mismos y alcanzaron la victoria sobre sus propias inclinaciones, y pudieron así gozar esa libertad que permite no actuar sometidos por impulsos, caprichos, imaginерías o arrebatos, sino de acuerdo con discernimiento moral.

Pocas personas que haya yo conocido transmitían con tanta fuerza la serenidad como Albita. Podríamos decir que había en ella pasión, pasión por el equilibrio. En Albita no había vanidad, sino el orgullo alegre e introvertido de hacer las cosas como deben hacerse. Ni más ni menos. Perfección clásica he dicho: ni desborde desordenado ni quedarse corto, sino atinar a lo propiamente humano, que es lo justo y bueno. Y

ellos dos, Albita y Vicente, tan peculiares, tuvieron la dicha de encontrarse uno al otro y vivir un grande y dilatado amor, uno de los más admirables que haya yo tenido la suerte de haber contemplado.

Y, bueno, poco, muy poco, casi nada he dicho de mis amigos. ¿No voy a decir nada más? ¿No voy a hablar, por ejemplo, del exilio español que entre tantas maravillas nos trajo, nos regaló la presencia en México de Albita y Charli? No, no quiero hablar de eso. ¿Y no voy a hablar de los méritos de mis amigos, de sus muchos trabajos y logros? No, tampoco, no me interesa hablar de eso. En realidad, no quisiera hablar de lo que pienso, sino sólo de lo que siento, pero no logro poner mis sentimientos en palabras y comunicarlos, por eso digo estas cosas tartamudas, erráticas.

Pero sígo, no me importan los méritos y trabajos de Albita y de Charli, no los quise por sus méritos, los quise, simplemente, porque ellos eran tal como ellos eran y me basta y sobra el privilegio de haber tenido la fortuna de tratarlos, de convivir con ellos y quererlos como llegué a quererlos.

Y ahora siento su ausencia aquí abajo. Sé muy bien que ya nunca voy a sentirme tan completo, tan pleno, como me sentía cuando podía levantar el teléfono y hablar con ellos, preguntarles cómo habían estado, conversar un rato de esto y lo otro, y quedar de vernos un día preciso.

Muchos, estoy seguro, sienten esa ausencia, pero esa pena, ese dolor, esa sensación de pérdida y desamparo que ahora sentimos todos nosotros nace del amor, es el tributo que nuestro amor ofrece a su memoria y está bien que así sea, me parece justo.





FONDO DE CULTURA ECONÓMICA

• DIRECTORIO DE FILIALES •

mmichaus@fce.com.mx - ventasinternacionales@fce.com.mx
Carretera Picacho-Ajusco, 227, Col. Bosques del Pedregal, Tlalpan, C. P. 14200, México, D. F.
Tels.: 5227-4626, 5227-4628, 5227-4672. Fax: 5227-4698 • Página en internet: <http://www.fondodeculturaeconomica.com>
Almacén: José Ma. Joaristi, 205, Col. Paraje San Juan, México, D. F.
Tels.: 5612-1915, 5612-1975. Fax: 5612-0710

ARGENTINA	BRASIL	COLOMBIA	CHILE
Fondo de Cultura Económica de Argentina, S. A. Alejandro Katz	Fondo de Cultura Económica Brasil, Ltda. Isaac Vínic	Fondo de Cultura Económica Ltda. (Colombia) Juan Camilo Sierra	Fondo de Cultura Económica Chile, S. A. Julio Sau Aguayo
Sede y almacén: El Salvador 5665 1414 Capital Federal, Buenos Aires Tels.: (5411) 47771547 Fax: (5411) 47718977 ext. 19 fceak@attglobal.net info@fce.com.ar www.fce.com.ar	Sede, almacén y Librería Azteca: Rua Bartira, 351, Perdizes, São Paulo CEP 05009-000 Brasil Tels.: (5511) 36723397 y 38641496 Fax: (5511) 38621803 aztecafondo@uol.com.br	Sede, almacén y librería: Carrera 16, 80-18 Barrio El Lago, Bogotá, Colombia Tel.: (571) 5312288 Fax: (571) 5311322 fondoc@cable.net.co www.fce.com.co	Sede, distribuidora y librería: Paseo Bulnes 152, Santiago de Chile Tels.: (562) 6972644 y 6881630 Fax: (562) 6962329 jsau@fce.tie.cl fchile@ctcinternet.cl distribucion@fce.tie.cl libreria@fce.tie.cl

ESPAÑA	ESTADOS UNIDOS	GUATEMALA	PERÚ	VENEZUELA
Fondo de Cultura Económica de España, S. L. Juan Guillermo López	Fondo de Cultura Económica USA, Inc. Benjamín Mireles	Fondo de Cultura Económica de Guatemala, S. A. Sagrario Castellanos	Fondo de Cultura Económica del Perú, S. A. Carlos Maza	Fondo de Cultura Económica de Venezuela, S. A. Pedro Juan Tucatu Zunino
Librería México: C/Fernando El Católico, 86 Conjunto Residencial Galaxia Madrid, 28015, España Tel.: (3491) 5432904 y 5432960 Fax: (3491) 5498652 www.fcede.es jglopezfce@terra.es	Sede, almacén y librería: 2293 Verus St. San Diego, CA. 92154, Estados Unidos Tel.: (619) 4290455 Fax: (619) 4290827 bmireles@fceusa.com www.fceusa.com	Sede, almacén y librería: 6ª Avenida, 8-65, Zona 9 Guatemala, C. A. Tels.: (502) 3343351 3343354 • 3626563 3626539 y 3626562 Fax: (502) 3324213 scastellanos@ceguatemala.com vgil@ceguatemala.com hzavala@ceguatemala.com	Jirón Berlín 238, Miraflores, Lima, 18, Perú Tels.: (511) 2429448 4472848 y 2420559 Fax: (511) 4470760 carlosmazap@yahoo.com fce-peru@terra.com.pe	Sede y Librería Solano: Av. Francisco Solano entre la 2ª Av. de las Delicias y Calle Santos Ermini, Sabana Grande, Caracas, Venezuela Tel.: (58212) 7632710 Fax: (58212) 7632483 solanofc@cantv.net
Almacén: Vía de los Poblados, 17, Edificio Indubuilding-Goico 4-15, 28033, Madrid Tel.: 91 7632800/5044 Fax: 91 7635133 fcespvent@interbook.net			Librerías del FCE en Perú: * Berlín 238, Miraflores * Comandante Espinal 840, Miraflores * Jirón Julín 387, Trujillo	Librería Fondo de Cultura Económica: Edif. Torre Polar, P. B., local "E" Plaza Venezuela, Caracas, Venezuela Tel.: (58212) 5744753 Fax: (58212) 5747442



• NOVEDADES •

- LEONARDO MARTÍNEZ CARRIZALES
(compilación, introducción y notas)
Alfonso Reyes / Enrique González Martínez.
El tiempo de los patriarcas. Epistolario 1909-1952
Letras Mexicanas

Esta obra recoge la estela testimonial que da cuenta de cada uno de los periodos de la vida privada, literaria y profesional de Reyes y González Martínez, así como ciertas reflexiones intelectuales y recuentos del trabajo literario. A través de la articulación de este texto se muestra la confluencia de intereses y la solidaridad poética de dos autores cuya generación se propuso imponer un nuevo ritmo en la creación y el pensamiento mexicanos.



- HUGO GUTIÉRREZ VEGA
Peregrinaciones. Poesía (1965-2001)
Letras Mexicanas

La sensualidad del cuerpo, la evocación amorosa, la travesía que promete geografías y emociones inusitadas, el humor con disfraces de amargura o de ilusiones, son algunas de las cualidades que pasean por la poesía de Hugo Gutiérrez Vega —recientemente galardonado con el Premio Xavier Villaurrutia— y que se manifiestan claramente en estas *Peregrinaciones*, reunión de más de 35 años de labor poética.

- JUAN CARVAJAL
Poesía reunida
(prólogo de Pura López Colomé)
Letras Mexicanas

Para Juan Carvajal (1935-2001), la magia del acto creativo se funde con el alma, y la muerte y el sexo se tocan porque “la muerte quiere vivir”. En este volumen el lector disfrutará tanto del juego con cadencias sonoras en versos cortos como del redescubrimiento del soneto, la prosa poética y la narrativa en verso. También se volverá testigo y cómplice de un romance sinfónico con el lenguaje.



- WILLIAM L. SIEMENS
Las huellas de lo trascendental.
La obra de Álvaro Mutis
Tierra Firme

La presente obra es un libro básico para comprender el hacer poético del escritor colombiano. Viajero incansable, creador del personaje Maqroll, Mutis se ha mostrado como ese íntimo creador que media su concepción del mundo entre la civilización cristiana occidental, para él perdida, y el reto para reconstruirla a través del “orden”, una palabra clave en su escritura.

- CHARLES A. HALE
La transformación del liberalismo
en México a fines del siglo XIX
Sección de Obras de Historia

Más que en las acciones de los políticos posteriores a la Reforma, el presente estudio se centra en las ideas de la elite intelectual y cuasigubernamental —lo que Hale llama el *establishment* liberal— y profundiza en la transformación del liberalismo en el México de fines del siglo XIX debido a la influencia de la filosofía positivista.



- WILLIAM CARLOS WILLIAMS
En la raíz de América. Iluminaciones sobre
la historia de un continente
FCE/Turner. Colección Noema

Fascinado por América, William Carlos Williams recupera algunos de los episodios más conocidos de su historia —desde el viaje del *Mayflower* hasta los juicios de Salem, pasando por la destrucción de Tenochtitlan— y hace uso de su imaginación poética para reconstruir la tradición viva del “nuevo continente”. Williams no inventó la conciencia nativa, aunque sí la redescubrió y la dotó de permanencia en este libro que, desde su aparición en 1925, se ha ganado un merecido lugar entre las grandes obras de la literatura americana.

• NUESTRAS LIBRERÍAS •

ALFONSO REYES

Carretera Picacho-Ajusco 227,
Col. Bosques del Pedregal,
México, D. F., Tels.: 5227 4681 y 82

OCTAVIO PAZ

Miguel Ángel de Quevedo 115,
Col. Chimalistac,
México, D. F., Tels.: 5480 1801 al 04

EN EL IPN

Av. Politécnico esq. Wilfrido Massieu
Col. Zacatenco, México, D. F.,
Tels.: 5119 1192 y 2829

FRAY SERVANDO TERESA DE MIER

Av. San Pedro 222,
Col. Miravalle, Monterrey, N. L.,
Tels.: 8335 0319 y 71

DANIEL COSÍO VILLEGAS

Avenida Universidad 985,
Col. Del Valle,
México, D. F.,
Tel.: 5524 8933

JUAN JOSÉ ARREOLA

Eje Central Lázaro Cárdenas 24,
esq. Venustiano Carranza,
Centro Histórico,
Tel.: 5518 3231

UN PASEO POR LOS LIBROS

Pasaje Zócalo-Pino Suárez
del Metro,
Centro Histórico, México, D. F.,
Tels.: 5522 3016 y 78

JOSÉ LUIS MARTÍNEZ

Av. Chapultepec Sur 198,
Col. Americana, C. P. 44140,
Guadalajara, Jalisco,
Tels.: 3615 1214 con 10 líneas

• NOVEDADES •

En 1997, el politólogo italiano Giovanni Sartori levantó polémica al presentar una cruda visión de lo que llamó videopaideia (la formación de los niños mediante la TV) en su obra *Homo videns. La sociedad teledirigida*. Según ésta, los medios electrónicos de comunicación, en especial la televisión, han generado una suerte de mutación genética en el hombre.

La visión del mundo, de la política y de la democracia del ahora *homo videns* se ha empobrecido por la subinformación y la desinformación que proporciona la televisión; la opinión pública es teledirigida hoy mediante encuestas y sondeos intrascendentes, que revelan, más que la opinión de los consultados, la de los propios medios.

Por otro lado, la reflexión de Sartori en torno a los sistemas políticos lo llevó a interesarse desde finales de los años sesenta en el sistema político mexicano, parti-



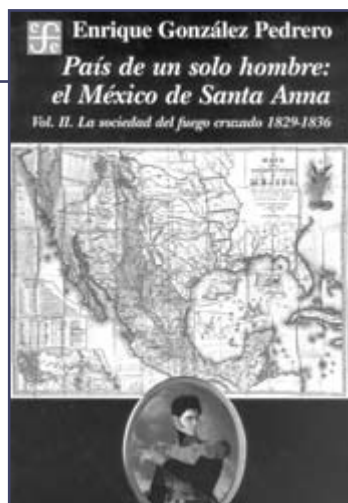
cularmente en el reciente debate sobre la reforma del Estado y la transición política de México. Tales son los dos temas de este libro, que, a manera de introducción, ofrece una visión global y resumida del pensamiento de este destacado teórico de la ciencia política.



Giovanni Sartori, *Videopolítica. Medios, información y democracia de sondeo*, FCE/Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Monterrey, 2003, Cuadernos de la Cátedra Alfonso Reyes.

Éste es el segundo volumen del vasto repaso que Enrique González Pedrero ha emprendido en torno a la difícil consolidación del México moderno. Si en el primer volumen se registran los pormenores de la vida política del país que se asoma a la vida independiente y en la que incide por vez primera Antonio López de Santa Anna, en este segundo se hace un puntual registro de las personalidades que influyeron en el desarrollo de los acontecimientos que van justamente de 1829 a 1836. Es decir, los muy difíciles años en que los grupos y líderes políticos, en interminable pugna, finalmente parecen convocar con su actuación el regreso de Santa Anna.

Enrique González Pedrero ha sido profesor y director de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM, director general de Corporación Mexicana de Radio y Televisión (Canal 13), gobernador de Tabasco, di-



rector del Instituto de Estudios Políticos y Sociales (IEPES), director del Fondo de Cultura Económica, embajador de México en España, investigador del Centro Regional de Investigaciones Multidisciplinarias de la UNAM y senador de la República. En el FCE ha publicado *La cuerda floja* y *País de un solo hombre: el México de Santa Anna. Vol. I. La ronda de los contrarios*.



Enrique González Pedrero, *País de un solo hombre: el México de Santa Anna. Vol. II. La sociedad del fuego cruzado 1829-1836*, FCE, 2003, Sección de Obras de Historia.



Nuevo corpus de la antigua lírica popular hispánica (siglos XV a XVII)



Margit Frenk

La Edad Media de la Península Ibérica produjo un maravilloso tesoro de canciones populares. Pero sólo lo conocían, en sus diversas regiones, los pastores y, en general, los habitantes del campo, que las cantaban durante sus faenas diarias y sus fiestas. Para la aristocracia y para los habitantes de las ciudades, esas canciones no valían la pena.

Pero el Renacimiento trajo consigo una súbita valoración de aquellas canciones, como música y como poesía. Gracias a esta valoración se nos ha conservado en manuscritos e impresos una gran parte de aquel tesoro, que de otra manera se habría perdido.

Mas para hablar de un "conjunto" ha sido necesario que en épocas modernas surgiera nuevamente un interés por aquellas canciones populares de origen medieval. Esto ocurrió principalmente a partir del siglo xx, en que empezaron a conocerse las cancioncitas musicadas por ciertos polifonistas de tiempos de los Reyes Católicos, por los vihuelistas de las siguientes décadas, utilizadas por muchos poetas del xvi y del xvii y las citadas por dramaturgos como Gil Vicente o, tiempo después, Lope de Vega. Se vio entonces que todos esos "materiales" se hallaban dispersos en centenares de fuentes de esos dos siglos. Las antologías que se iban publicando sólo alcanzaban a incluir una porción pequeña de todo aquel caudal, el cual estaba pidiendo a voces que alguien se dedicara a explorarlo.

Fue eso, junto con el placer estético que le causaban aquellos poemitas, lo que llevó a Margit Frenk a dedicarse durante varias décadas a recorrer toda clase de fuentes antiguas para ir organizando



todo lo que tenía visos de haber pertenecido al folclor lírico medieval. Fruto de esta paciente y minuciosa labor fue el *Corpus de la antigua lírica popular hispánica (siglos xv a xvii)*, publicado en 1987 y reimpresso en 1990. Tras largos años de trabajo, la notable filóloga e hispanista Margit Frenk nos brinda ahora este *Nuevo corpus de la antigua lírica popular hispánica (siglos xv a xvii)*. Aunque su punto de partida es el viejo *Corpus*, la abundancia de textos intercalados, la gran cantidad de fuentes añadidas, de variantes desconocidas y de nuevos materiales para los varios apartados de las notas, la adición de tres índices y un prólogo mucho más detenido, convierten esta obra en un nuevo libro que, a la vez que parte de otro, se aleja de él y lo suplanta. Las 1 250 páginas del *Corpus* han pasado a ser 2 208 en el *Nuevo corpus*, publicado en dos volúmenes. Debido a la envergadura de la obra, esta edición del *Nuevo*

corpus es resultado de la suma de esfuerzos institucionales entre la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, El Colegio de México y el Fondo de Cultura Económica.



Margit Frenk, *Nuevo corpus de la antigua lírica popular hispánica (siglos xv a xvii)*, Universidad Nacional Autónoma de México/El Colegio de México/Fondo de Cultura Económica, 2003, 2 vols.

• **NUESTRA DELEGACIÓN EN GUADALAJARA:** Librería José Luis Martínez, Avenida Chapultepec Sur 198, Colonia Americana, Guadalajara, Jalisco, Tels.: (013) 3615 1214, con 10 líneas •

• **NUESTRA DELEGACIÓN EN MONTERREY:** Librería Fray Servando Teresa de Mier, Avenida San Pedro 222, Colonia Miravalle, Monterrey, Nuevo León, Tels.: (018) 8335 0371 y 8335 0319 •



ORDEN DE SUSCRIPCIÓN

Señores: sírvanse registrarme como suscriptor de *La Gaceta* por un año, a partir del mes de: _____

Nombre: _____
Domicilio: _____
Colonia: _____
Ciudad: _____ C. P.: _____
Estado: _____ País: _____

- **SUSCRIPCIONES NACIONALES:** Remitir cheque a favor del Fondo de Cultura Económica por costos de envío por la cantidad de \$150.00. O, en su caso, ficha de depósito al fax (55) 5449-1827. Este depósito deberá hacerse a la cuenta núm. 51908074799 del Banco Santander Mexicano, sucursal 07, plaza 001.
- **SUSCRIPCIONES AL EXTRANJERO:** Adjuntar giro postal o cheque por la cantidad de 45 dólares.

(Llene esta forma, recórtela y envíela a la dirección de la casa matriz del FCE: Carretera Picacho-Ajusco, 227; Colonia Bosques del Pedregal, Delegación Tlalpan, C. P. 14200, México, D. F.)

